

41 ✓

# LAS CACERÍAS DEL REY

---

DESCRIPCIÓN

DEL VIAJE QUE, EN EL VERANO DE 1882, HIZO

**EL REY DON ALFONSO XII**

Á

LOS PICOS DE EUROPA Y Á LIEBANA.

---

**CRÓNICA**

ESCRITA POR

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ,



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ GIL Y NAVARRO.

Santa Engracia, 7 (La Deliciosa).

1882.

R

LAS CACERÍAS DEL REY.



DESCRIPCIÓN

DEL VIAJE QUE, EN EL VERANO DE 1882, HIZO

EL REY DON ALFONSO XII

Á


LOS PICOS DE EUROPA Y Á LIÉBANA.



CRÓNICA

ESCRITA POR

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.



*El Astor*  
*Ildefonso Lorente Fernández*

MADRID:

IMPRENTA DE JOSE GIL Y NAVARRÉ,

Santa Engracia, 7 (La Deliciosa).

1882.

---

Esta obra es propiedad del Autor, el cual  
ha hecho el depósito que marca la Ley.

---



A S. M. LA REINA  
D.<sup>a</sup> MARÍA CRISTINA DE AUPSBURGO.

Señora:

*En esta CRÓNICA he relatado la verdad.*

*Cuando S. M. el Rey, vuestro augusto Esposo, se dignó ascender en el mes de Agosto del año actual à la magnificamente abrupta cordillera de los PICOS DE EUROPA, y luego recorrer los amenos valles y los bosques antiquisimos de Liébana, cupome la inmerecida honra de seguirle por todos aquellos ásperos lugares, admirando la bondad inenarrable del egregio Monarca, recibiendo señaladas muestras de cariñoso aprecio que jamás olvidaré, y saturando de júbilo mi alma. viendo cuánto aquellos pobres pueblos montañeses y con cuánta lealtad y amor victoreaban al excelso DON ALFONSO XII.*

*El día 4 de Agosto de 1882, é invitado para ello previamente por autorizadisima persona, llegué à las minas de Andara situadas en las colosales asperrezas de los PICOS DE EUROPA; y desde el día siguiente, 5 de Agosto, empecé, por consejo de un amigo, à dirigir à EL NORTE, periódico de Madrid, cartas referentes à la excursión que S. M. el Rey, vuestro*

augusto cónyuge, proyectaba realizar, y pronto realizó, por aquellos sitios escabrosos.

No todas se publicaron. Desgraciadamente, mis cartas llegaron á la Redacción de aquel diario cuando el apreciable Director se hallaba enfermo; y muchos de mis escritos permanecieron bajo el sobre, sin que nadie los leyera y durante tantos dias, que luego pareció ya cosa inoportuna publicarlos. Mi alejamiento de Madrid y el no haber tenido el gusto de recibir *EL NORTE*, fueron las causas de que no supiera lo que acabo de consignar, hasta que tarde, muy tarde y hallándome ya en esta capital, he podido recoger las cartas mías que se publicaron, y las que no tuvieron el honor de ver la luz. Por fin, aunque perdiendo una de ellas, la correspondiente al dia 9 de Agosto, la cual no sé dónde habrá ido á parar, he reunido las restantes en este modesto libro, que respetuosamente ofrezco á la benevolencia de V. M.

Con la ingenuidad del aldeano, que no tiene por costumbre ni sabe pulir frases para decir lisonjas, expresé muy sencilla y toscamente en aquellas cartas lo que en aquellos deliciosos dias tuve la dicha de ver; como en las dos semanas que precedieron á la llegada del amado Rey á las montañas lebaniegas, consigné también, aunque por mi desgracia en poco aliñado estilo, descripciones de los sitios en que habian de verificarse las régias cacerías. Noticias más exactas, descripciones más circunstanciadas de aquellos sitios

y de aquellos sucesos, por nadie han sido, ni podido ser, dadas á luz; pues nadie tuvo á su disposición ni tanto tiempo de residencia en aquellos lugares, ni tantos irrefutables pormenores escritos, ni tantos autorizadísimos detalles hablados como tuve yo.

Y si por mala ventura de los pueblos lebaniegos, en aquella majestuosa región de la Montaña no pudimos entonces presentar á los R. P. de V. M. el pobre pero leal tributo de nuestro respeto, ni nos fué dado admirar y celebrar con entusiastas vítores la bellísima y bondadosa presencia de V. M. en nuestros floridos valles, ¡ojalá sea la lectura de mis humildes escritos causa de que en años venideros, sobre los PICOS DE EUROPA, más que la nieve perpétua que hay en las ásperas cumbres, y más que el sol en el enrarecido azul de aquel cielo purísimo, y más que la espléndida vegetación de aquellos escondidos valles, brille, ante los regocijados moradores de la comarca liebanense, la preciosa excelsitud de V. M. augusta, sonriendo al lado del benigno y egregio REY DON ALFONSO XII y escuchando los rudos pero jubilosos vítores y cánticos, que el eco múltiple de los colosales riscos repite en fervoroso, inacabable són de triunfo al TRONO Y Á LA DINASTÍA, cuya stirpe nobilísima Dios acaba de bendecir, dándoos una heredera más de vuestras glorias y virtudes!

Dignese entretanto, V. M., permitiendo ofrecerla este libro, no mirar á la pobreza del homenaje,

único que puede presentar el más humilde amante de las pobres aldeas lebaniegas. Aborador en aquellos sitios durante muchos años de mi oscura vida, sólomente me ha sido posible atesorar lealtad en el corazón y amor en el alma à quienes, como V. M. y vuestro augusto Esposo, desean el bien de los pueblos españoles y à conseguirlo consagran incesantemente magníficos tesoros de bondad, de ilustración y de virtud. Ese corazón leal y ese fervoroso amor à la ventura pública y à quien desde los esplendores del Sólío español la realiza, dictaron los escritos que en estas páginas están coleccionados. La benevolencia con que de ellos me habló V. M. un dia, honrándome así de tan espléndida manera, que sólo es comparable al modo sumamente benigno con que me dispensó la honra de dirigirme su augusta palabra el amadisimo Rey, en las escabrosidades de mis queridas montañas lebaniegas, alentará siempre el ruego que à Dios hago noche y dia, para que alfombre de prosperidad y de glorias el paso de V. M. por la existencia, y dilate por espacio de muchos felices años el reinado de vuestro excelso cónyuge, el REY DON ALFONSO XII; y eslabone interminables venturas en la vida de vuestros augustos Hijos y de toda la Real familia.

Señora.

A LOS R. P. DE Y. M.

Ildefonso Lorente Fernandez.

Madrid. Noviembre de 1852.

---

## LOS PICOS DE EUROPA.

~~~~~

### I.

ALTURAS DE ÁNDARA, 5 de Agosto de 1882.

Sr. Director de EL NORTE.

A la exquisita bondad del Sr. D. Benigno de Arce, ingeniero director facultativo de las minas tituladas «La Providencia,» en la abrupta cordillera de los Picos de Europa, debo el haber adquirido en estos mismos sitios de Ándara noticias que comunicar á V., respecto á las proyectadas cacerías del Rey en esta admirable parte de la región montañesa.

Después que durante mi ascensión ayer tarde disfruté de magnífico espectáculo, viendo las nubes como fantástico mar agitando su oleaje á



muchos cientos de metros más abajo del punto en que detuve mi caballo, en el soberbio y cómodo camino abierto en las peñas de esta grandiosa cordillera, y al lado de imponentes precipicios, entré en una explanada, donde están los casetones de las minas á 2.000 metros, ó sean 7.200 piés de elevación sobre el nivel del mar, y desde cuyos casetones, al dirigir la vista en derredor, se hallan, cerrando totalmente el horizonte poco extenso, las elevadísimas peñas-cosas cumbres de cuyo seno se extraen la calamina y la blenda, de limpias y hermosas cristalizaciones.

¡Qué sitios tan admirables son éstos, señor Director, y qué pocos españoles se procuran el placer de visitarlos! Acaso nuestra ingénita pereza para enterarnos de las maravillas que el suelo español ofrece, en lo concerniente á perspectivas sorprendentes, ante las cuales, la admiración extática se sobrepone á la facultad de describir, es causa de que muy bellas comarcas sean desconocidas, no tan sólo para el vulgo, sino que también para las personas ilustradas, pero desgraciadamente imbuidas por la moda, que ha dado en señalar montañas y valles ex-

tranjeros como sin rivales en perspectivas magníficas. Si las alturas en que esta carta escribo fueran visitadas (no digo por los *amateurs*, porque yo soy español) por los amadores de las excursiones á Suiza, confesarían que hay en estos sitios de Cantabria grandiosidades y bellezas naturales tan dignas de admiración como allí no pueden ser halladas.

Despejadísimo cielo ostenta su diafanidad en estas cumbres calizo-carboníferas, y que en muchos parajes están adornadas con la prodigiosa vegetación de corpulentos árboles de muy variadas especies; y el sol irradia magníficamente en las alturas del espacio, libre de celajes; pareciendo que las nubes, como temerosas de turbar la brillante fiesta que en los Picos de Europa se prepara, no se atreven á subir, y juguetean á la mitad del camino entre las asperezas de la indescriptible cordillera. No es la primera vez que visita estas elevaciones sorprendentes el Rey Don Alfonso XII. Y por cierto que, grabada en uno de los Picos á mucha más altura de la en que están los casetones de las minas, es decir, á una elevación de 7.600 piés, próximamente, sobre el nivel del mar, se lee una inscripción con-

memorativa del primer viaje del Rey á estas regiones, y que dice así:

S. M.

EL REY DE ESPAÑA

DON ALFONSO XII

Y SU HERMANA LA INFANTA

DOÑA MARÍA ISABEL

VISITARON ESTOS PARAJES

Y

PERNOCTARON EN ESTAS MISMAS ALTURAS,

EL DIA

14 DE SETIEMBRE DE 1881.

«LA PROVIDENCIA,»

*Sociedad minera.*

Esta inscripción, esculpida en las peñas, lo está tan profundamente, que durará siglos y siglos, sin que la corrosiva influencia del tiempo la pueda borrar.

He dicho que el sol brilla intensísimo aquí; pero no abrasa como en las llanuras de Castilla, ni el ambiente es asfixiador ahora, en el mes de Agosto, como en el resto de España. La temperatura es deliciosa en estos sitios, y ¡ojalá que

ni el más leve vapor atmosférico se interponga entre los Picos de Europa y el sol! pues si tal sucede, sentiremos frío intenso, que estorbará mucho al buen éxito de las reales cacerías; ó la imperinencia de la lluvia, y la no rara presencia de la nieve, harán inútiles todos los preparativos. Estos, debidos á la inteligencia y al cuidado del antes nombrado Director facultativo de las minas, señor de Arce, son cuan excelentes es posible desear, pues ha tenido el buen acuerdo de elegir, para que secunden sus propósitos, á los lebaniegos más activos y más expertos en el género especial de cacerías propio de esta singularísima región. Desde luego puedo asegurar á V. que, á no venir un cambio brusco en el tiempo, cosa frecuente aquí, las cacerías van á ser tan notables en todos conceptos, que superarán en mérito á todas las hasta hoy verificadas en Europa en esta clase de caza.

Lo escabroso de esta cordillera; el prodigioso número de cumbres peñascosas, de que está formada; la incontable multitud de cañadas, canales, ó *cascajeras*, como se dice en el país; la rara disposición de los picachos; la dificultad

extraordinaria de recorrer todos estos sitios, en que es preciso andar siempre con un pié sobre los abismos, sin que esta frase tenga sentido metafórico, pues expresa la realidad del hecho; todos estos obstáculos, unidos á otros muchos, que, sólo viendo estos lugares, se pueden comprender, y aumentados por la pasmosa agilidad, increíble alcance de vista y carácter extraordinariamente asustadizo de los rebezos, ó por las costumbres de los osos, costumbres fieras y amigas de la sombría y enmarañada espesura de los bosques, allá abajo, en las montañas de Liébana, repito, señor Director, que son dificultades insuperables en la mayor parte de los casos, pero victoriosamente superadas ahora, por las múltiples acertadísimas disposiciones adoptadas por el señor de Arce y secundadas, con recomendable actividad y con grande inteligencia, por las personas encargadas de ello. El Rey podrá encontrar en los Picos de Europa número inusitado de rebezos, y en los bosques de Liébana osos terribles. ¡Lástima sería que los accidentes atmosféricos, humanamente inevitables, produjeran alteraciones en el magnífico plán!

De éste hablaré á V. mañana; y como mi estancia aquí durará hasta que las cacerías hayan terminado, escribiré á V. diariamente, noticiándole con exactísimos detalles cuanto se prepara y cuanto, luego que esté aquí S. M. el Rey, se realice.



---

## II.

### ALTURAS DE ÁNDARA, 6 de Agosto.

Desde la cumbre del pico llamado el Same-lar, á 2.400 metros (8.612 piés) sobre el nivel del Océano, y en el mismo punto á que S. M. el Rey ha de venir á colocarse para una de las ca-cerías, he admirado esta mañana los primores de un panorama sublime.

Dirigiendo la vista hácia la parte Sur, y al pié de esta formidable cordillera de peñascos, cortada verticalmente en este sitio por el terri-ble y misterioso golpe de los siglos, secundan-do las potentes cuanto admirables gestaciones geológicas, se ven como surgiendo del fondo de un cráter colosal, los valles y las montañas de Liébana, región espléndida en colores, donde las rojizas y amarillas tierras de recién segados



2

cereales, junto á la negra espesura de bosques antiquísimos y extensos, contrastan con la verde frescura de multiplicadas praderías y con la alegre vegetación de los viñedos.

Vegas y montañas; rocas y abismos; ríos, á que acuden cientos de arroyuelos espumosos; algunas cumbres con la fría nieve entre sus profundas y pintorescas escabrosidades; hondonadas inmensas, en que á través del vapor caliginoso, que el calor solar produce allí en estos dias, se ven las blancas ondulaciones de la hermosa y nada inclinada carretera, como desafiando el rio, de cuya márgen no se aparta; y multitud incontable de tortuosos pendienteísimos caminos y sendas inconcebibles, que unen *á más de cien pueblos*, por todos lados esparcidos, en los valles, en las cumbres, entre bosques sobres gigantescas peñas; tal es el pequeño círculo llamado Liébana, donde con las infinitas vueltas y subidas y bajadas, á que los indescripibles accidentes del terreno obligan, no pasa de seis leguas la extensión que se recorre, de extremo á extremo del diámetro. Rincón bellísimo por su estructura geológica, espléndido por su fertilidad llena de gala y grandemente



vária, y rincón notable por los muchos recuerdos históricos que en él existen: eso es Liébana, la patria de Pelayo y de Alfonso I, la comarca montañesa, á que he consagrado un libro, recientemente dado á luz en la capital de España. Y levantando los ojos, después de ver esa región occidental de Cantabria, por sobre la altura de sus puertos de Sierras Albas y de Piedrasluengas, que están á 4.700 piés el primero, y á 4.693 el segundo sobre el nivel del mar, descúbrese más allá la provincia de Palencia en una grande extensión, envueltos los cerros y los llanos de Castilla en el azulado tinte de una atmósfera diáfana y pura hoy, como se halla pocas veces.

Por la parte occidental ¡qué cumbres tan elevadas, tan caprichosamente hendidas, tan majestuosas é imponentes, separan de este país á las provincias de León y Oviedo! Blanquea la nieve aún sobre el puerto de San Glorio, y blanquea mucho más en las cañadas orientales de Peña Vieja, que levanta sus tremendas moles de peñascos hasta 2.800 metros (10.046 piés) de altura, allá en Áliva, rodeada magníficamente de los enormes Picos de los Urrieles, Garni-

zoso, Peñón de las Torres, el Borio, Sengros, Neverón, collado de Camburero, Peña Castil, collado de las Moñas y otras montañas altísimas y escarpadas, cuyas agujas colosales parecen desde aquí, de lejos, filigranadas torres de inmensa catedral gótica, rodeando el titánico cimborio. Más cerca de mí, aquí en la demarcación de Ándara, veo el Pico de San Benigno, sobre el cual estuvo en Setiembre de 1881 S. M. el Rey Alfonso XII, y que tiene 2.600 metros (9.329 piés) de elevación, y próximo á ese veo el Pico del Jierro, á 2.678 metros (9.610 piés) de altura sobre el mar, y en cuya cúspide S. A. R. la infanta doña Isabel estuvo el mismo día que el Rey, contemplando el grandioso panorama, y sitio, en fin, á que ninguna otra mujer se atrevió á subir jamás.

En la soledad sublime de estos pasmosos desiertos, desde la magna altitud en que lo miro, ese terrible conjunto de soberbias y desnuda asperezas de la majestuosa cordillera imprime en el espíritu espléndidos arrobamientos, en que las maravillas de la creación le gritan con la poderosa voz de la verdad que suba, suba, porque subir debe, en oleajes de luz, has-

ta contemplar en toda su formidable grandeza, brillando siempre en prodigiosas manifestaciones, el poderío de Aquél, Sér de lo séres, para quien ni hay en el espacio límites, ni cansancios en la eternidad, ni fuerzas incontrastables en el ordenado movimiento de los mundos. El alma aquí se desliga de las inquietudes mundanales, al suave aliento de la admiración; y de pensamiento en pensamiento, vuela, con irresistible rápido empuje, hasta pensar en Dios.

Y cuando las fuerzas faltan al humano espíritu, y de su abstracción sublime desciende otra vez á la contemplación de la naturaleza en estos sitios, dirígese la vista al Norte, y las bellezas del suelo asturiano, por aquellos valles y montañas que enamoran con risueñas perspectivas, desde las industriosas playas de Gijón hasta la abrupta comarca de Cabrales, y los alegres caseríos de Llanes hasta Unquera, preséntanse, para recreo del ánimo, dulcemente unidas al gracioso aspecto de toda la provincia montañesa.

Esta, con las cumbres llamadas Estacas de Trueba allá muy lejos, y ostentando más cerca las arboríferas alturas de Cabuérniga y Tudan-

ca, y los elevados montes de Reinosa y puerto de Sejos, cuyas frescas sustanciosas hierbas nutren á muchos y muy excelentes ganados, parece estar resguardando de la envidia de las secas llanuras castollanas la galanura del verdor constante, que circuye las feudales ruinas de la señorial villa de San Vicente de la Barquera, y los modernos riquísimos palacios de Comillas, y la melancolía heráldica de la antigua Santillana, y el comercial movimiento de las ricas plazas de Torrelavega, cuyos pintados edificios forman contraste delicioso con los variados matices de sus jardines, sus alamedas y sus numerosos *cierros*, poblados de frutales. Y más allá, siempre hácia el Norte, golpeando en són quejumbroso los peñascos de la costa, como si clamara porque no le entregan cada día nuevas víctimas que sepultar entre sus revueltas olas, está el mar, remedo de lo infinito, sin que todo el poder y la fiereza de sus tempestades basten á impedir que, desde estas cumbres de los Picos de Europa, se inspeccione la intranquilidad con que se mueve, hasta incalculable distancia de las costas españolas.

Tal es y tan magnífico el panorama, que

S. M. el rey Alfonso XII verá por segunda vez en uno de los días próximos, al ocupar su puesto en la cacería sobre la riscosa cumbre del Pico del Samelar. Monarca de grandes pensamientos y de gran corazón, la naturaleza le ofrece aquí también grandiosidad y belleza en el paisaje: trono magnífico, que deleitará el ánimo del Rey.



---

### III.

#### ALTURAS DE ÁNDARA, 7 de Agosto.

Acabo de bajar de una de las enriscadas y severas cumbres, de que hice mención ayer: del Pico del Hierro, cuya elevación, como ya dije, excede de nueve mil piés, y en cuya cima se colocará S. M. el Rey para verificar la segunda cacería de rebezos, de las tres que el distinguido ingeniero D. Benigno de Arce tiene preparadas ya con un tino envidiable y con el celo más digno de elogio. Estoy viendo los difícilísimos sitios, en que han de realizarse las venatorias fiestas; conozco hasta los más pequeños detalles del plán que, secundado por los inteligentes y prácticos montañeses que para ello ha elegido, tiene adoptado el señor de Arce; y encuentro que ni la circunstancia más míni-

ma se ha dejado de tener en cuenta, respecto á las condiciones excepcionalísimas de la región marcada para cada cacería, y á la índole y costumbres de las reses que han de ser cazadas, los rebezos.

El puesto que ocupará el Rey en lo alto del Pico del Jierro, á siete kilómetros montaña arriba del Casetón de las minas, y para llegar al cual hay que dejar el caballo á la mitad de la subida, donde termina el camino abierto en la roca por la Sociedad minera, y ascender luego por senda, á cuyos lados hay derrumbaderos imponentes, es un sitio en que ya estuvo el Monarca con la infanta doña Isabel, pronto hará un año; y desde allí se descubre un paisaje más bello, más grandioso, más solemnemente grave, que el magnífico que á la vista se presenta desde la cúspide de el Samelar, de que hablé ayer.

A unos cien metros más abajo de la cumbre, y en ambos lados de la senda por donde ha de verificarse la ascensión, se ve la nieve perpétua, de la cual he puesto yo en mi boca, no hace aún tres horas, un poco; no tanto para refrescar el paladar, seco por el calor del sol y por la fatiga

que me ocasionara la subida, que para mí no es penosa, cuanto para protestar así contra lo afirmado en un libro, cuyo autor jamás ha visto estas montañas, sino á muchas leguas de distancia. Sí: la nieve perpétua existe aquí, en las estupendas rocas calizo-carboníferas, que forman la escabrosa cordillera de los Picos: la nieve existe aquí desde hace millares de años, y existirá mientras los Picos de Europa sean lo que son y como son.

Y desde lo alto, desde la puntiaguda cumbre del Pico del Jierro, además de ver la nieve blanqueando en otras abruptas eminencias no lejanas, se ve debajo, al lado del Sur, toda la bellísima comarca liebanense; al par que también debajo y á la parte Norte, el llamado lago de Ándara, en cuyas aguas ninguna clase de peces vive, ni vivir puede, y que, sin oleaje, está mostrando perennemente su frío líquido á más de 2.000 metros de elevación sobre el mar, en un espacio abierto entre las cumbres de montañas colosales. Estas, en número prodigioso, aparecen en torno al Pico del Jierro en una grande extensión, ofreciendo variedad infinita de formas, cortaduras, picachos, derrum.



baderos, grutas y vegetación, para mayor magnificencia del sublime cuadro de la naturaleza aquí en los Picos.

Pero si el embeleso que en el ánimo produce; si la atracción que tan portentosa majestad ejerce en el espíritu, para que la contemple y se abisme en profundas reflexiones; si la magia de esa perspectiva deja libres de su influencia por un brevísimo instante los ojos del observador, éste verá que las provincias de Santander por el Oriente, de Palencia por el Sur, de León por el Ocaso y de Oviedo por el Norte, ostentan en el espléndido paisaje mucha parte de su territorio, en tanto que el Océano cantábrico añade al sorprendente conjunto la inmensidad de su horizonte.

No he visitado la Suíza: he recorrido, y no en ferro-carril, las provincias españolas, nada más; pero varias veces he tenido el placer de oír á personas acostumbradas á viajar por extranjeros países, que no han hallado en parte alguna cordillera de aspecto tan extrañamente vário, y tan extraordinariamente rica en deliciosas perspectivas, como estos Picos de Europa, no visitados apenas

por otros españoles que los nacidos junto á ellos.

Aunque no cazara, aunque los rebezos, saltando como suelen sobre abismos, huyeran de esta región, S. M. el Rey sentiría gran placer, al encontrarse en lo alto del Pico del Jierro, contemplando las bellezas del extenso paisaje, ante el cual decía con entusiasta admiración en Setiembre de 1881: «Quiero fijar la imagen de estos Picos; quiero fijar la imagen de este panorama en mi cerebro; quiero que la memoria mía recuerde luego fielmente tanta belleza: dejadme contemplarlo más aún.»

Pero al placer de contemplar estos sitios una vez más, podrá unir el Monarca los placeres de la difícilísima cacería de rebezos; pues todo está dispuesto de tal modo por el Sr. de Arce, que en una extensión de gran número de kilómetros las cumbres y hondonadas, asilo de aquéllos, serán recorridas en la hora oportuna por inteligentes ojeadores, y la caza abundará.



---

#### IV.

##### ALTURAS DE ÁNDARA, 8 de Agosto.

La tercera cacería, la que será más que las otras notable por el número de rebezos que seguramente se reunirán, y por la grandiosidad salvaje de los riscos en que ha de verificarse la difícilísima jornada, será en la cumbre peñascosa llamada *Peña-Vieja* que sobre el puerto de Áliva se eleva y que domina toda la formidable cordillera de los Picos, alzándose, como ayer dije, hasta 10.046 piés (2.800 metros) sobre el nivel del Océano.

Desde uno de los riscos de Ándara, en que esto escribo, veo no lejos, aunque para llegar á su pié necesitaría emplear desde aquí no pocas horas á caballo, la montaña espantosa, en cuya cima, llena de colosales picachos y pedregosas

profundísimas cañadas, está el cazadero á que subirá el día 19 el Rey Don Alfonso XII. Si desde los sitios de que hablé en mis cartas de los días 6 y 7 se descubren magníficos paisajes, más grandioso es el espectáculo que ofrecen estas montañas miradas desde lo alto de la formidable *Peña-Vieja*.

Y se comprende bien que así será, con sólo reflexionar acerca de su altitud soberbia y sin rival en toda la región cantábrica, y acerca del grande número de pedregales y de escuetos picachos, que por todos lados se alzan alrededor y en la misma terrible montaña, haciendo de ella, de sus múltiples y ásperos senos y de su resquebrajada y fría cumbre, la soledad más admirable y pasmosa, más solemne, y más triste, y más espléndida en luz al mismo tiempo, que todos los magníficos desiertos de la indescriptible série de montañas y peñascos de toda esta singularísima región. Levántase casi al centro de las numerosas cumbres que por Nordeste, Norte y Noroeste resguardan el puerto de Áliva, el cual es una pradera relativamente plana y que, á 4.047 piés (1.964 metros) de altura sobre el mar, se extiende entre las peñas-

cosas moles de los Picos, en una longitud de más de cuatro kilómetros, teniendo uno de anchura por algunos parajes.

Por toda la série de cumbres que resguardan ese puerto, veo desde estos Picos de Ándara multitud de cuevas, que la naturaleza con el barreno del tiempo abrió en las rocas, y que en los meses de verano sirven de majadas al ganado vacuno, lanar y cabrío de los pueblos lebaniegos pertenecientes al valle de Varó. Presenta en este momento el puerto de Áliva un cuadro delicioso. Iluminado por el sol ya próximo al Ocaso, proyectan en parte de la pradera su rarísima ondulada sombra los gigantescos riscos de Peña-Vieja, collado de las Moñas, Naranco y otros ciento; y pululan mordisqueando yerba en la planicie, negras pacíficas ovejas, y amarillentas, diminutas cuanto lechíferas vacas, algunas de las cuales rumian tranquilamente recostadas á la puerta de las cuevas, en tanto que pintadas cabras pacen en la pendiente de los picachos, saltando ágilmente sobre precipicios grandes. Por allí un pastor, caminando lentamente, pero sin mostrar fatiga, por escabroso repecho; y sentadas en pequeñas eminencias

cias de la pradería, en grupo de dos ó tres, ó sola cada cual, pastoras que, haciendo media de cerdosa lana, cantan prolongando el final de sus cantares por un espacio de tiempo, en verdad, maravilloso por su mucha duración. *Deje*, como aquí se dice, ó *sostenido*, como dirían personas inteligentes, ó no, en música, caracteriza los cantares lebaniegos y de los pueblos limítrofes á los Picos de Europa; siendo de notar que el difícil sostenido es hecho siempre con la vocal *e*.

En medio de la pradería, como un prisma de nítida nieve, la caseta de las minas de Áliva blanquea, y parece que su albura risueña convida al inocente regocijo del espíritu, entregado á blandos ócios y apacibles pensamientos en aquella soledad bella y sin más rumores naturales, que el murmullo de dos pequeños arroyos, que recorren la pradera en toda su longitud, como si con esa dulce música quisiera la Naturaleza celebrar allí la solemne sencillez de las virtudes grandes. Y para que el alma, en la dulce y grave contemplación de aquel desierto silencioso, eleve su mirada sin fatiga ni vértigo filosófico, que la incline al abismo horrible de

la duda, está en medio de aquel puerto el símbolo de la fé, la cruz de Cristo, coronando la techumbre de una modesta capilla, que se inauguró el día 1.º de Agosto de 1851, y que allí fué construida para que los pastores, durante los meses de verano, puedan oír misa en los días festivos. Conmemorando la inauguración del rústico templo, que está dedicado á San Pedro Advíncula, celébrase todos los años el primer día de Agosto animada romería, concurriendo gentes de varias aldeas lebaniegas al puerto de Áliva, para oír la misa y pasar después el día visitando las majadas, saboreando la sustanciosa y fresca leche, las suavísimas natas, las excelentes cuajadas y el tónico y nutritivo queso, justamente reputado por el mejor de todos los que se hacen en Liébana y en las Asturias de Oviedo.

En la blanca y solitaria caseta de la sociedad minera pernoctará S. M. el Rey el día 18, para el 19 de madrugada subir al cazadero, situado allá en lo alto de la majestuosa *Peña Vieja*.

¡Qué plán de ojeo tan magnífico ha dispuesto Juan de Moradiellos, el inteligente, infatigable

y afortunado cazador de rebezos! Vive en el pueblo de Sotres; y auxiliado en su empresa por su práctico amigo y convecino Severino Lopez, para corresponder bien al encargo recibido del ingeniero Sr. de Arce, ha ordenado tres batidas de rebezos con tal acierto, que ni cumbre, ni cañada, ni precipicio, ni picacho, de cuantos desde Cabrales, Covadonga y Valdeón forman eslabones de la cordillera, yendo á unirse por tres lados, Oriente, Norte y Ocaso, á las terribles escabrosidades del alto de *Peña-Vieja*, quedará libre del ojeo. Es verdaderamente un plân de campaña tan perfecto que, si en vez de ágiles pero pacíficos rebezos, hubiera que batir ejércitos de enemigos, no podrían, por muchos que fueran, pasar por aquellos sitios. Conozco estos, he visto el plân trazado por Moradiellos; y si algún dia hubiera necesidad de renovar allí la lucha que hubo al principiar el siglo VIII, contra enemigos de nuestro Rey y de la felicidad de nuestra patria, creo que el triunfo de los leales sería segurísimo, con sólo apostar la gente en los mismo puntos y en igual número de personas que Moradiellos ha ordenado para el ojeo de



rebezos. Ha sido el plán remitido á Comillas, por si el Rey tenia que ordenar alguna reforma, y se ha dignado manifestar que aprueba lo dispuesto.

Felicito por ello á Juan de Moradiellos y á su colaborador Severino Lopez, á los cuales espero que muy pronto conoceré personalmente, pues ahora únicamente los conozco por la nombradía de buenos cazadores, que en esta comarca tienen.



---

V.

ALTURAS DE ÁNDARA, 10 de Agosto.

Ya sabemos que el día 15, ó á más tardar el 16, subirá nuestro Monarca bondadoso á honrar con su presencia augusta la majestad de estas montañas, donde le espera regocijado el corazón de los humildes, á quienes él ama, y al bien de los cuales ordena todos los sábios actos de su reinado. Estos leales y modestos montañeses, que no entienden ni entender quieren de cálculos políticos, y sólo juzgan con la imparcialidad de criterio que producen el desligamiento en que viven de toda clase de partidos y la independiente sencillez de sus costumbres, ven que Don Alfonso XII inicia constantemente libertades, adelantos y mejoras prácticas en la gobernación de España, y hallan á

la vez en el Monarca ingénuas, bondadosas, grandes, ilustradas y nobles cualidades de carácter; y, amigos del bienestar y buen nombre de la patria, respetan, aplauden y aman á quien, desde las egrégias alturas del trono, está siempre amando, aplaudiendo y respetando los patrióticos intentos, que al ensalzamiento y la ventura de la nación contribuyen.

Por eso, con extraordinario gozo se recibió por estas leales gentes la noticia de que el Rey más amante de sus súbditos se proponía visitarlas; y por igual motivo, muestran hoy su regocijo, viendo ya próximo el día de poder aclamar con efusión, sobre los riscos lebaniegos, al único Monarca español que en el espacio de diez siglos se ha dignado presentarse en estas escabrosas y pobrísimas regiones. ¡Bienvenido sea, pues, el rey D. Alfonso XII, el Bueno.

Ya, creyendo llegar tarde para victorear y presentar el homenaje de su amor al régio huésped, han subido á estas imponentes cumbres de Ándara aldeanos, de los que moran en los muchos pueblecillos incrustados al pié y en profundas cañadas de la admirable cordillera; ya en las majadas solitarias de los retirados y

riscosos puertos ensáyanse cantares, que hacer repetir al eco poderoso de estas rocas, cuando sobre ellas se presente el benévolo Monarca; ya los mismos peñascos Picos, hermoseedos por espléndido sol, aumentan los aromas y las emanaciones perfumadas de la multitud de florecillas, que hasta en las más altas cumbres nacen engalanadas con puros y variadísimos colores: personas y naturaleza, todo se muestra risueño, y animado, y lleno de placer, con el anuncio de la próxima llegada del amado Rey.

Solemne será el momento y hermosas las manifestaciones de alegría. Cuando los peñascos estallen y se desgajen con estruendo majestuoso, al impulso de la pólvora y la dinamita, y los ecos repercutan el fragor en las cañadas, precipicios y sinuosidades mil de esta soledad agreste, prolongando los sonidos con la magnitud sublime, propia sólo de estos sin rivales montes cántabros; cuando la bandera española, símbolo de los más altos pensamientos y de los más culminantes sucesos de la historia, ondée aquí, sobre las nubes, con el brillante colorido del escudo real en gualda y oro, imágen de la monarquía liberal de Alfonso XII acompaña-

da del gozo y la ventura pública; cuando las aclamaciones, los vítores y los cantares montañeses extiendan desde estas cumbres, por los bellísimos espacios del cantábrico horizonte, el nombre del Rey augusto, la escena será grandiosa y admirable, como admirable y grandiosa es la región en que ha de tener lugar.

No dude Vd. ni por un instante: la visita del Rey, anunciada y próxima á realizarse, es para los moradores de esta escondida comarca motivo de sincero y entusiasta júbilo. Desdeñados en el trascurso de mil años los pueblos de estas montañas, de cuyos servicios grandes, y de cuya inquebrantable lealtad, y de cuya noble historia, siempre amante de la Monarquía, prescindieron un siglo y otro los reyes y los gobernantes, dando así triste ocasión á que muy pocos españoles sepan qué cosa es y dónde se encuentra Liébana, y qué son y dónde están las cumbres denominadas Picos de Europa, naturalísimo es que la venida del duodécimo de los Alfonsos sea como suceso muy fausto celebrada, en el país donde el primer Alfonso nació y dió patentes muestras de bondad.

Y sobre los motivos poderosos menciona-

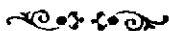
dos, hay otro de mucha valía para quien, con ánimo tranquilo y desapasionado, quiera juzgar de las cosas. El rey D. Alfonso XII, cuya inteligencia clarísima le revela, á no dudarlo, que el brillo y la excelsitud del trono son tanto mayores cuanto más el amor de pueblo los circunda, viene sin el imponente séquito de córte y sin el fastuoso aparato de militares escoltas, ciertamente propias, y racionales y dignas y oportunas para señalar el respetuoso homenaje que á la majestad del sólio corresponde recibir de los pueblos en que, por dicha, está elevado. Pero el respeto no decae, se engrandece más, cuando se apoya en el amor. ¿Y cómo los montañeses de los Picos de Europa no han de sentir amor grande, noble, júbiloso, entusiasta y capáz del sacrificio generoso de la vida, si menester fuere, por defender al Monarca, cuando éste viene á visitarlos con la mayor nobleza de alma, con la grandeza de pensamiento más digna de encomio, con el júbilo de quien va á ver junto á sí los humildes, á quienes amorosamente desea proporcionar toda la social ventura que es posible, y con el entusiasmo y la generosidad y confianza de quien, seguro de

encontrar grata acogida, empieza por abrir sus brazos cariñosos á la lealtad y á la hidalguía de los pueblos que gobierna?

Sí: D. Alfonso XII es bueno, es un Rey digno de la caballerosa España, y con caballerosidad merecedora de la mayor estima viene á visitar sus pueblos, sin más guarda que el noble sentimiento y el hidalgo y respetuoso amor de los pueblos mismos al egrégio sucesor de cien ilustres monarcas. D. Alfonso XII no viene á imponer la sumisión á los que le están gozosa é incondicionalmente sumisos desde que, para honra y bien de España, vino á regirla y levantarla de la postración desde el excelso y merecido trono, á que la Providencia le llamaba por lo preclaro de su estirpe y por el brillo de su instrucción y sus virtudes, y por la alteza de sus propósitos en pró de la española patria. D. Alfonso XII viene á visitar sus pueblos, únicamente para que en ellos quede el recuerdo de esta visita por incontestable testimonio del amor que á los españoles todos tiene, por humildes que sean, por oscurecidos que vivan en el retiro de sus breñosas aldeas. D. Alfonso XII viene, además, á contemplar

las grandezas y las maravillas de la Creación en la sublimidad de estas regiones, porque sabe que, en frase de Humboldt, el espectáculo de nuevos y grandes objetos de la Naturaleza engrandece el espíritu humano.

Los montañeses de los Picos de Europa justiprecian, ensalzan y agradecen el favor grandísimo, que el Rey les hace viniendo á visitarles con la benigna sencillez y noble confianza con que viene. Y por tal razón; cuando al pié de estas cumbres le vean llegar el día 15, acompañado, no más, de los señores general Terreros, brigadier Goicoechea, conde de Mirasol, doctor Camisón y coronel Barcáiztegui, y sin escoltas, ni guardias, ni pomposo séquito, harán con sus aclamaciones ingenuas estos aldeanos que de montaña en montaña, de risco en risco, de valle en valle, y aún entre los senos vaporosos de las nubes, que blanquean allá abajo, repita el eco una y cien veces: «¡Viva el rey D. Alfonso XII, que ama á su pueblo, y que á la lealtad de su pueblo noblemente se confía!»





---

## VI.

ALTURAS DE ÁNDARA, 11 de Agosto.

Tuve ayer la satisfacción de conocer personalmente y hablar, durante un rato, al afamado cazador de rebezos Juan de Moradiellos, quien, con otro cazador notable, llamado Severino Lopez, ha organizado, como hace pocos días dije á Vd., el grandioso *plán de ojeo* para la magna y régia cacería, que tendrá lugar en las alturas del puerto de Áliva.

Moradiellos, atento, comedido, reposado en el hablar, pero de fácil y correcta expresión, tiene simpática fisonomía, que desde luego revela perspicacia grande. Díjele que andaba ya su nombre en libros por esos mundos de Dios; y aunque la noticia pareció agradarle, no hizo muchas, ni muy vivas, demostraciones de cu-

riosidad por saber detalles. Abrí mi libro titulado *Recuerdos de Liébana*, recientemente publicado en Madrid: leí las páginas en que, á propósito de la venida del Rey á estas montañas en Setiembre del año anterior, refiero la discreta y sagáz contestación de Moradiellos á S. M., cuando le preguntó qué fieras temía más, é inserto las cartas que el cazador escribió después á D. Alfonso XII y á un alto dignatario de Palacio, cuando recibió la magnífica escopeta que tuvo la bondad de enviarle, como recuerdo afectuoso, el benévolo Monarca; y verdaderamente complacido, pero sin muestras exteriores de grande alegría, el cazador Moradiellos, capáz en lo cauto de dar, como se suele decir, quince y raya al más pintado, me dijo estas palabras: «Está bien: asimismo pasó: tal como dice el libro, hablé yo al Rey.» Estas pocas frases fueron para mí satisfactorias, puesto que demuestran de un modo bien terminante que hay verdad en la narración hecha en mi citado libro *Recuerdos de Liébana*.

Después de esto, el cazador Moradiellos dió, estando yo presente, á mi distinguido y apreciable amigo Sr. de Arce, ingeniero direc-

tor facultativo de las minas, explicaciones detalladas de cómo intenta realizar su *plán de ojeo* en la extensa y difícilísima región que se propone hacerlo, y los medios y artes, de que se valdrá, para reunir el extraordinario sorprendente número de *quinientos rebezos* en un punto de las Peñas, en que el Rey pueda verlos y disparar contra ellos algún tiro. ¡*Quinientos rebezos!* es decir, ¡pocos menos de los que se calcula que hay en los centenares de montañas de los Picos de Europa! ¡*Quinientos rebezos*, que jamás, es bien seguro, se habrán visto reunidos en ninguna cacería, ni en España, ni en ninguna otra nación de Europa, como no haya sido en un terreno cerrado para criadero de los indómitos y ágiles antilopes! Una centena de ellos, en estas montuosas regiones, donde es trabajosísimo y peligroso andar por las desigualdades peñacosas de los Picos, creo yo que es número muy grande de rebezos para reunidos en una cacería por los ojeadores. Pero Moradiellos afirmó que su *plán de ojeo* llevará al cazadero real en Áliva rebaño tan grande de aquellas salvajes reses, que acaso haya necesidad de hacerlas an-

dar á palos, como si fueran domesticadas cabras.

Respecto á las costumbres de los antílopes en tales ocasiones, y respecto á muy curiosos incidentes que habrá en la cacería de Áliva, según Moradiellos lo tiene ya dispuesto, no me parece oportuno decir hoy nada, para no quitar á la excursión venatoria el placer de las sorpresas.

Pero se comprende bien, habidas en cuenta las singulares circunstancias de esta cordillera de indescriptibles peñascos, donde las distancias se multiplican asombrosamente por lo áspero y penoso de las subidas, bajadas, rodeos, derrumbaderos, abismos y cortaduras de innumerables montañas, se comprende bien, repito, que el *plán de ojeo*, ideado por el experto y sagáz cazador Juan de Moradiellos, ha de proporcionar al Rey la satisfacción de una cacería muy notable, aunque el número de rebezos no sea tan extraordinario como el práctico montañés calcula.

No estaré lejos del afamado cazador, cuando la excursión se realice; y esta circunstancia y los pormenores que ha quedado en darme, servirán para que la descripción que yo haga de

la magna fiesta venatoria sea, si no galana y que interese por retóricas bellezas de lenguaje, atractiva por los minuciosos y exactos detalles de los sitios teatro de la cacería, y de las extrañas costumbres que tienen los rebezos cuando se ven acosados y cuando, para detenerlos en sus carreras y saltos, se hace uso de ciertos ardidés teatrales.

No olvide Vd. que me he criado y he vivido muchos años en estas montañas de Liébana; que hace días estoy en las alturas de los Picos de Europa, viendo los sitios en que las fiestas se han de verificar, y favorecido con la benévola confianza del ingeniero Sr. de Arce, por cuya iniciativa y dirección se arregla todo; razones por las cuales ningún otro periodista, si alguno viene, que lo creo muy difícil, podrá adquirir, por falta de tiempo, los muchos y curiosos pormenores que ya me son conocidos, respecto á los obsequios aquí preparados para el Rey.

Estos obsequios, por lo sencillos y dignos al mismo tiempo de la persona augusta que los ha de recibir, así como apropiados á las excepcionales condiciones topográficas y de aislamiento de la región en que han de hacerse,

aseguro desde luego que son notables, y que impresionarán muy gratamente á D. Alfonso XII. Tengo, además, la ventaja de ser amigo antiguo de varios de los cazadores montañeses, y cuento desde hoy con el famoso Juan de Moradiellos, jefe nato y elegido para las magníficas batidas en el puerto de Áliva.

Entretanto, y como si comprendiera lo bien que hace, mantiénese el tiempo en estos riscos bueno, con cielo muy despejado y hasta con un calor tal, como pocas veces se nota en estas elevaciones. Sería muy sensible que, faltando tan pocos días para que el Rey nos honre con su ascensión á estas Peñas, se presentaran vientos fuertes, que obligaran al tiempo á tornarse frío y nebuloso; pues si por desgracia sucediera eso, las nubes nos envolverían de tal modo, que no sería posible distinguir bien los objetos á 15 ó 20 pasos de distancia. Ni podría S. M. el Rey cazar, ni áun recrear la vista con la indescriptible belleza del paisaje en lo alto de los *Picos*. ¡Ojalá que la temida variación del tiempo no sobrevenga, pues desluciría ó más bien, haría imposibles las cacerías de rebezos, que en estas

cumbres con tan inteligente celo están dispuestas!

Quedarían, es verdad, las cacerías de osos, abajo, en los espesos bosques de las montañas de Liébana, que, con ser montañas enormes y accidentadas por raro modo, no están expuestas á que las nubes ni el frío estorben allí á los cazadores en la estación de verano. Por cierto, que del sitio en que el Rey ha de cazar los osos, y de los preparativos que para el caso están hechos, he de hablar á Vd. mañana.



---

## VII.

### ALTURAS DE ÁNDARA, 12 de Agosto.

Prometí decir á Vd. algo de los preparativos que hay hechos para que S. M., terminadas que sean las cacerías de rebezos en estas alturas, cace también algún oso en los intrincados y antiguos bosques de Liébana, que, si no de tanta elevación como los Picos de Europa, tienen muy considerable altura. Cumpló la palabra, dedicando al asunto algunos párrafos; pero, ante todo, permítame usted copiar breves líneas de mi recién publicado libro, á que aludí en carta de ayer.

«La hermosa región llamada Liébana, que por el Norte limita con la provincia de Oviedo, por el Oeste con la de León, por el Sur con la de Palencia y por el Oriente con la de Santan-



dér, de la cual es parte, afecta la forma de un cráter inmenso, erizado de montañas en su fondo, por donde corren multitud de arroyos y ríos, y hallándose el perímetro de esta comarca, casi perfectamente circular, rodeado por cumbres elevadísimas de roca calcárea. La anchura de ese círculo tal vez no exceda en línea recta de la extensión de 15 kilómetros, ó sea tres leguas escasas; aunque por el suelo no puede calcularse que haya menos de 30 kilómetros, ó sea ménos de seis leguas.

»Ciñen á esta comarca y forman parte de ella, por el Norte los Picos de Europa, cuya descripción creo ahora inoportuna; por el Oeste los enormes riscos de Remoña ó Peña Vieja y Corisco; por el Sur los elevados puertos de San Glorio, Pineda, Sierrasalbas y Piedrasluengas, donde se halla la altísima Peñalabra, y por el Oriente las grandes cumbres de Peñasagra y de Taruey.

.....

»El interior del país está, como ya dije antes, erizado de montañas, no tan elevadas como las que le circuyen, pero altísimas también y que están cultivadas hasta en su cima, ó pobla-

das de bosques. Estos son tantos y tan llenos de arbolado, que se puede calcular que entre todos tienen de 75 á 80 millones de árboles de multitud de especies.»

A los tres precedentes párrafos, tomados de mis *Recuerdos de Liébana*, debo añadir que, para regocijo y provecho de las personas aficionadas á cazar, se crían con abundancia en este país malvises, mirlos, palomas torcaces, gallisordas, jayos, perdices, faisanes y muchísimas otras clases de aves, entre las que no faltan águilas y otras de rapiña; y ya en los bosques, ya en las peñas de las grandes alturas, los rebecos, venados, corzos, tejones, gatos monteses, raposos, lobos, jabalíes, osos y otros muchos cuadrúpedos salvajes existen en tanto número, que parece están diciendo á las gentes del país: «Cazadnos!»

No es, á pesar de todo, fácil empresa la cacería de algunos de esos animales, y la del oso no carece de obstáculos y peligros. Habitando el oso generalmente en los más enmarañados bosques, de donde suele salir á comer la miel de las colmenas, ó el maíz, el trigo y las uvas de las montañas cultivadas, si no prefiere, como

desde hace algunos años se ha notado, echarla de animal carnívoro y probar la carne de alguna cabra, oveja, ó vaca, cuesta gran trabajo hallarle en sus escondrijos, y si se le encuentra y se le hiere no más, se necesita muy sereno ánimo para resistir su acometida feróz y librarse de sus uñas, que son bastante terribles, según creo, pues abren en canal á un hombre en ménos que canta un gallo. Para ejemplo, recordaré que en Octubre de 1880 una osa, que luego de muerta pesó más de 400 libras, y cuya grasa tuvo el peso de cerca de dos arrobas, yendo herida, y después de zarandear de lo lindo á una mujer, cogiéndola por las sayas, cuando estaba trabajando en un sembrado de patatas, se dirigió á un mozalvete que estaba vareando el fruto de unos avellanos, le dió un par de golpes con las garras, y le abrió así el pecho y el vientre en un segundo, dejándole muerto en el acto.

Verdaderamente, para quien sabe esas costumbres de la fiera, y para quien no las sabe, no es muy simpático el aspecto del oso, cuando el terrible animal se presenta á pocos pasos en el bosque. Pero esos mismos peligros han pues-

to en el ánimo del Rey el deseo de afrontarlos y vencerlos; y para proporcionar al joven Monarca esa satisfacción, está dispuesta una cacería de osos en los bosques lebaniegos. Entre los muchos puntos de Liébana que para la arriesgada, pero á la vez alegre cacería, se han podido elegir, el mejor, á no dudarlo, por ser abundante siempre en esa especie de fieras, es el bosque llamado de Bedoya, por pertenecer á unos pueblecitos que antiguamente formaban un concejo de aquel nombre.

En Potes, villa central y capital del Juzgado de Liébana, viven dos estimados amigos míos: D. Eulogio Soberón y D. Manuel Cuevas. Jóvenes, activos, conocedores muy prácticos de la comarca, inteligentes, bien relacionados con los más afamados cazadores del país, y aficionados ellos mismos á las excursiones venatorias, recibieron hace pocos días del ingeniero Sr. de Arce, director facultativo de las minas de Ándara, el amistoso encargo de buscar algún oso en los bosques y hacer los necesarios preparativos para el conveniente ojeo. En seguida, los dos encargados, montando á caballo y recorriendo las aldeas, pusieron de acuerdo con

los más expertos cazadores, y dieron al señor de Arce la noticia de que en el antes mencionado bosque de Bedoya han sido vistos una osa y un oseto, ú oso de cria.

Vigilando para que las dos fieras, de índole nada sedentaria, no marchen por la espesura sombría de aquel sitio á otro bosque, donde no pueda saberse que están, los Sres. Soberón y Cuevas tienen, además, organizadas las cosas de tan buena manera, que probablemente, para cuando S. M. el Rey vaya á cazar en los montes de Bedoya, se habrá conseguido hacer que acudan á dicho bosque algunos osos más, de la parte de Buyezo y otras aldeas limítrofes. Mas de no conseguir eso, la osa y el oseto, si permanecen una semana más en sus escondrijos de Bedoya, bastarán para que nuestro animoso Monarca tenga el placer de cazar una de las más terribles fieras, después de haber cazado en las elevaciones de los Picos de Europa los rebecos.

Cuando tal suceda, bien sé que los lebaniegos celebrarán el éxito de la cacería más, mucho más, de lo que suelen cuando ellos, modestos aldeanos de un rincón de España, son los caza-

dores. La régia cacería de osos tendrá lugar el día 20 ó el 21, según fundados cálculos.

Mientras tanto, y después de hacer constar aquí mi enhorabuena á los Sres. Soberón y Cuevas, por su inteligente actividad en secundar los propósitos del ingeniero Sr. de Arce, para que el bondadoso D. Alfonso XII encuentre en estas pobres montañas lo único que los moradores de ellas pueden ofrecerle, respetuoso amor, leal adhesión y desco vehemente de hacerle agradable el viaje á estas regiones, bueno es decir á Vd. que las alturas de los Picos de Europa se van animando con los viajeros que acuden á visitarlas, antes de que S. M. llegue con su comitiva. Además de otras personas que han venido á estas montañas en días anteriores, ayer pasaron por aquí dos hijos del señor conde de Moriana y otros dos muy apreciables montañeses de la parte de Iguña, Sres. Bustamante y Torre Vildósola, todos los cuales han recorrido Liébana y toda la cordillera de los Picos, hallando en su instructiva excursión mucho y muy sano recreo. La moda de visitar países extranjeros, desdeñando y desconociendo lo que en España hay de notable, va dejándose en

desuso por las personas instruídas y amantes de la patria; y los que amamos lealmente á los pueblos lebaniegos, nos regocijamos de que los habitantes de otros países vengan á visitar este.

También de la parte de Cervera de Pisuerga y de las minas de Barruelo, en la provincia de Palencia, pasaron por estos Picos algunos visitantes, no muchos días há.



---

## VIII.

ALTURAS DE ANDARA, 13 *de Agosto.*

Al describir rápida y no bellamente la cordillera en que escribo, y al reseñar las proyectadas cacerías régias en estas montañas, por precisión he tenido que citar las minas de Andara, pertenecientes á la Sociedad denominada «La Providencia.» Pero cuando las he citado, por ser como cuartel general de la campaña venatoria que empezará dentro de unos días, no me ha sido fácil encontrar ocasión bien oportuna para decir algo de la organización que, para los trabajos mineros, tiene establecida el distinguido, ilustradísimo ingeniero D. Benigno de Arce. Hoy debo hacerlo, para que pueda Vd. luego comprender las causas de una mani-



festación trascendental y laudable, que el día 16 harán los operarios que hay aquí.

Tan singular y admirable como es en estos sitios el aspecto de la Naturaleza, tan digna de admiración y tan excepcional me ha parecido la organización de los trabajos y la vida de la colonia minera.

Quien juzgue que ha de hallar aquí los ruidos que produce la agrupación de cientos de trabajadores, se equivoca.

Por todas estas montañas de roca verá evidentes señales de activo trabajo humano; se estremecerá tal vez, é inopinadamente, oyendo súbitas y prolongadas detonaciones lejanas, allá en lo hondo del peñasco gigantéo, en cuya monstruosa cumbre, ó en cuyas asperísimas laderas, ó á cuyo escabroso pié, se nota la entrada de una caverna; verá por todas partes apilados los gruesos trozos de mineral extraído, y que á otro día son mayores ya las pilas, ó que han desaparecido de aquel sitio; pondrá el pié á cada momento (si por la admirable carretera de cien y cien ondulaciones y enlaces y cruzamientos no camina; sobre montones enormes de movedizos escombros, que de las minas han

salido para caer á gran distancia, llenando grandes simas, ó suavizando los derrumbaderos; encontrará de trecho en trecho galerías, pozos, ferro-carriles, tornos y cilindros, todos los sistemas de explotación minera, con inequívocas muestras de estarse trabajando en ella; advertirá, en fin, numerosas manifestaciones de un trabajo actual y muy activo; pero, por mucho que mire en derredor de sí, apenas si logrará ver en todo el extenso grupo de montañas en que están las minas media docena de hombres, que aparecen, uno á la mitad de un risco, otro allá en una hondonada, otro en muy lejana cumbre, trabajando silenciosos; más no hallará nada de ruidosos grupos, nada de confusión de trabajos, nada de ir y venir, ni detenerse á charlar, ni entregarse al juego y al vino en la cantina; nada de eso. Las chavolas, en cada una de las cuales, de intento, se ha preparado albergue sólo para reducido número de obreros, permanecen silenciosas, porque en ellas descansa durante el día el grupo de operarios que trabajó por la noche; y la cantina está desierta, porque á nadie se permite allí sentarse á beber vino. Parece este distrito minero un de-

5



sierto poblado por anacoretas, cada cual en su gruta, dedicado silenciosa y constantemente al objeto que á tal sitio le guió.

Organizados en pequeñas secciones, cada una de éstas, después de tomar el rancho á las seis de la mañana, da principio al trabajo á las seis y media en la mina que para ello tiene señalada de antemano; descansa para comer á las doce, y vuelve á continuar luego el trabajo, desde la una hasta las seis de la tarde. Comido entonces el tercer rancho, retírase cada pequeña sección á descansar durante la noche; y, en tanto, los obreros que han reposado por el día trabajan en las minas, con un descanso, y comiendo algo á media noche, siendo por la mañana relevados. De manera, que el obrero trabaja unas diez horas diarias, nada más.

Esta organización dá necesariamente resultados muy favorables para el orden social, para la higiene y la moralidad del individuo, para los intereses materiales del mismo, y para la paz y bienestar de sus familias. Ciertamente. Los pequeños grupos, en que están destinados á trabajar en cada mina y á descansar en cada chavola, no pueden, aunque lo intenten, oca-

sionar disturbios, ni alborotos importantes; puesto que, para eso, necesitarían comunicar con otros sus proyectos: cosa imposible, hallándose aislados y en sitios donde el paso de unas minas á otras encuentra dificultades grandísimas en las condiciones topográficas de esta enriscada región, llena de precipicios y derrumbaderos y tajos horribles, sólo evitables por los grandes rodeos de las carreteras, que enlazan los criaderos de mineral. Así se advierte, y es muy grato consignarlo, que aquí ni los obreros se declaran en hostiles y perturbadoras huelgas, ni hay nunca sublevaciones de ningún género. Bien es verdad que, á la menor sospecha que se tenga de que algún trabajador tiene malas intenciones, se le destina, sin que él se aperci- ba de los motivos, á trabajar en una sección de las que tengan tarea más ingrata, bien por el frío ó el barro que en el sitio haya, bien por lo pendiente y ágrío del lugar; y si, como es probable, manifiesta deseo de trabajar en menos peligrosos ó más cómodos lugares, se le desestima razonada y suavemente la pretensión.

Resultado final de esto: que se amolda á las circunstancias y, desistiendo de sus malos pro-

pósitos, se convierte en virtuoso y pacífico trabajador; ó, viendo imposible la realización de sus intentos malos, se despide pacíficamente de las minas, cobra sus jornales y va en busca de trabajo á otra parte.

Este sistema, que á ningún obrero hiere en su amor propio, ni mortifica con castigos, ni cárceles, ni penas pecuniarias, es tanto más necesario y provechoso para la conservación del orden, cuanto aquí se carece de medios para reprimir la fuerza con la fuerza. Ni hay aquí nunca Guardia civil, con que apaciguar alborotos; ni está á menos de tres horas y media ó cuatro de camino algún alcalde, quien, de todos modos, podría prestar poco auxilio, por estar los elementos para ello muy lejos de su aldea.

Admirable es, por tanto, la paz que en estas minas de Ándara se encuentra siempre, no obstante haber en ellas más de 300 operarios de diversos países y procedencias, y carecerse en estos sitios de fuerzas con que acudir á la represión de los desórdenes.

La higiene del obrero y su moralidad están aquí perfectamente garantidas. Diez horas de

trabajo y abundante cuanto nutritivo alimento, que he tenido el gusto de probar: falta de gases nocivos en las minas; poca ó ninguna humedad; espaciosas y bien ventiladas chavolas; pura y saludable atmósfera, propia de estas regiones elevadas, y la falta de escondrijos ó tabernuchos en que viciar el cuerpo y el alma con borracheras y ruinosos juegos, prueba son de lo que afirmo.

Y claro está que, de ese modo, el operario halla beneficio para sus intereses materiales y para el bienestar de su familia, pues no hace gastos inútiles, y los ahorros de sus jornales proporcionan á su esposa y sus hijos, ó á sus padres y hermanos, facilidad para atender cómodamente á las necesidades de la vida durante el invierno en estos países, donde no hay industrias que empleen gran número de braceros. Sucede aún más: que los operarios á quienes toca descansar de día, sabiendo que, si voluntariamente consagran alguna parte de su tiempo á busca de mineral, ó á otros trabajos, reciben un sobresueldo proporcionado á la importancia de lo que hagan, se aficionan á la actividad, al trabajo y á la economía más cada vez;

y cuando, terminadas las labores de las minas, por causa de los fríos, van á pasar en su casa los *seis meses* de invierno, se ocupan allí constantemente en algún trabajo productivo, habituados ya, como van de aquí, á no malgastar el tiempo en ócios, ni vicios, ni francachelas.

La alimentación que les da la Sociedad «Providencia,» librándoles de impíos explotadores, que no se permite vengan á establecerse aquí, es comida sana, muy nutritiva y abundante, repartida en tres ranchos, los de la mañana, medio día y anochecer, con tres libras de pan diarias para cada obrero, que para muchos de ellos es ración excesiva; por lo cual venden á la Sociedad lo que les sobra, por el mismo precio á que se les haya cargado en cuenta. Y con ser el rancho tan abundante y tan bueno, y tanta la cantidad de excelente pán que cada uno recibe, sóloamente les cuesta todo ello *tres reales y medio* cada día, en vez de cinco ó cinco y medio que, años atrás y alimentándose mucho peor, pagaban á los capataces, quienes tenían á su cargo cada cual el alimento de los operarios que había en su sección. Así he notado en todos los mineros robustez y

satisfacción, por lo bien que la Sociedad «Providencia» los trata.

Y la Sociedad procede en esto con tal esmero, que todos los días se pesa escrupulosamente el pan y se revisan los demás víveres; y si en la cantidad ó calidad encuentra falta, obliga al contratista á remediarlas, imponiéndole sobre ello una multa. De estas multas se hace un fondo pecuniario, para socorro de los enfermos ó heridos, que entre los obreros pueda haber.

Ese contento indudablemente está aumentado por la consideración de que, desde hace muchos años, no han ocurrido desgracias, de las muchas especies que en otros distritos mineros suceden con frecuencia. La explotación está en las minas de Ándara con tan grande inteligencia dirigida y con tan laudable previsión reglamentada, que ni explosiones, ni desgajes de terreno, ni otros siniestros accidentes puede haber, como no sea porque haya falta imprudentísima á las reglas preordenadas; y hace muchos años que á tan excelente reglamentación no ha faltado, ni tiene interés en faltar, ningún obrero.

No diré á Vd. nada respecto al mineral, que



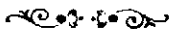
en estos riscos se explota. Nada entiendo de mineralogía, ni de metalurgia, ni de nada que á esas cosas se parezca. Y aunque desde hace muchísimo tiempo ando en busca de una mina de desconocido tío en Indias, que el día ménos pensado, dando las boqueadas, con un rasgo de su mal cortada pluma ponga al fin del testamento «*Lucas Gomez*», legándome sus pesetas, lo cierto es que nada se me alcanza de asuntos mineros; y por esa causa, créolo así, no puedo topar con el imaginado tío indiano. Pero, respecto á estas minas de los Picos de Europa, quien desée detalladas, exactas y autorizadas noticias, lea los *Apuntes acerca de los criaderos de calamina y blenda situados en los Picos de Europa, y de la explotación que de los mismos hace la Sociedad minera «La Providencia,*» por el ingeniero jefe de primera clase del Cuerpo de Minas D. Benigno de Arce. En ese folleto, publicado en Madrid el año 1879, verá el lector que «dos grupos de minas constituyen estas explotaciones: el primero, llamado de Ándara, que produce calamina; y el segundo, el de Áliva, del que casi exclusivamente se extraen blendas. Ambos grupos es-

tán en la misma cordillera, pero separados por una depresión del terreno de más de 1.000 metros de profundidad, y por algunos kilómetros de distancia.»

Verá el lector perfectamente explicada por el Sr. de Arce la formación geológica de estas montañas, detalles curiosísimos acerca de estos criaderos de zinc y blenda y del origen de las calaminas, las cuales son de variedad y belleza tales, que podrían presentarse *doscientos tipos*, tan diversos y tan caprichosos en su textura, color, densidad y dureza, que la imaginación más fantástica no se lo podría figurar. Y son tan ricos en zinc, que dan un 60 por 100, así como las blendas un 62 por 100. El lector se informará también de los múltiples sistemas de explotación aquí por necesidad empleados; de la calcinación del mineral en hornos y en piras al aire libre, según el excelente método ideado por el Sr. Arce; de los gastos que se originan para poner el mineral en el puerto de Tina Mayor (Unquera); del producto anual de las minas; de los hermosos caminos construídos en las rocas, y de otros interesantes pormenores.

Pero como lo que á mí me regocija no es la

riqueza de las minas de Ándara, pues no ha de entrar en mi bolsillo, vuelvo á mi querido asunto de la venida del Rey á cazar en estas cumbres; y digo á Vd. que D. Alfonso XII saldrá de Comillas el día 16 y almorzará en el pueblo de La Hermida, situado en las márgenes del río Deva, y donde, desde el día 13 están ya preparando lo necesario algunos dependientes del señor maqués de Comillas. Después del almuerzo, S. M. hará la ascensión á estas alturas, llegando al Casetón de las minas hácia las seis de la tarde, segun fundados cálculos. El día 17 por la mañana será la cacería en el Pico del Samelar, y por la tarde en el Pico del Jierro. El día 18, después de almorzar en las minas de Ándara, se trasladará el Rey al puerto de Áliva, en donde el día 19 tendrá lugar la cacería magna. El día 20, por Espinama, Varó y ex-monasterio benedictino de Santo Toribio de Liébana, bajará S. M. á la villa de Potes, pernóctando allí, y el día 21 en los bosques de Bedoya verificará la cacería de osos, y probablemente emprenderá su viaje de regreso á Comillas.



---

IX.

ALTURAS DE ÁNDARA, 14 de Agosto.

Los vientos ábrego y del Noroeste, luchando para ver cuál de ambos da más fuertes sacudidas en las altas rocas de esta cordillera, sólo han conseguido perturbar el orden, cubrir de feísimas nieblas la región hermosa y, lo que es peor, dejarnos fríos y á oscuras, desde el instante en que han unido sus esfuerzos. Semejantes á partidos políticos rivales, que se dirigiesen á porfía á las alturas del poder, pertubaran con sus contrarios pensamientos el sosiego de los ánimos, cubriesen de dificultades la pública Administración y, lo que no es nada bueno, desde la hora en que fundieran sus políticas, dejasen frío y en la oscuridad de la duda el espíritu de la na-

ción, ansioso de ver la luz de expansivas reformas anunciadas. No quiera Dios que dure muchos días la alteración causada por los vientos en la temperatura y la serenidad atmosférica, necesarias en estos Picos de Europa, para que el bien que apetecemos se realice; pues si el sol no brilla pronto libre en despejadas alturas, no tendremos la satisfacción de que el Rey encuentre aquí tan gratas horas como nuestra cariñosa lealtad le desea, entre las maravillas naturales de estas magníficas regiones.

Por fortuna, el novilunio actual, créolo así, no producirá mal tiempo duradero, pues la estación canicular no suele permitir largos temporales; y pasarán de aquí los nubarrones densos, que nos estorban al envolvernos en sus fríos vapores y nos privan de ver las bellezas próximas en derredor de estas cumbres; y probablemente, al subir S. M. el día 16, los Picos de Europa mostrarán sus portentosos riscos en luminosa y pura atmósfera, cayendo las nubes á su modesta y acostumbrada región, cientos de metros más abajo de las montañas á que hoy, locas, han subido.

Y bajarían al momento, es muy seguro, si

pudiesen comprender el daño que me están causando; pues me impiden dulces éxtasis, al llegar la última hora de la tarde y contemplar, como desde un alto picacho he contemplado otros días, la maravillosa, indescriptible hermosura de la puesta del sol en los lejanos límites del horizonte oceánico. El poeta melancólico y sublime del *Génio del Cristianismo* describió con inspiradas y solennes frases la puesta del sol, vista desde la popa de un barco en la soledad inmensa de alta mar; pero si hubiera observado desde estas cumbres asombrosas la desaparición del astro del día tras las olas inquietas del Océano cantábrico, no habría tenido el escritor francés palabras adecuadas para describir toda la estupenda majestad y la inconcebible pompa, que aquí tiene la hora del ocaso.

Intentar no más la descripción de los sorprendentes brillantísimos cambios de colores, que en los espacios atmosféricos, en las aguas de la mar y en las cumbres de esta cordillera se presentan al ponerse el sol; querer dar una idea, tan sólo aproximada, de la grandiosa belleza del disco luminoso y del diámetro colosal que le hermosa, al ocultarse; pretender pintar

ni la más pálida imágen del pasmoso velocísimo curso de los inmensos efluvios, que se ven salir del centro, ir á la circunferencia y rodar con rapidéz vertiginosa y fantástica, en círculo cada vez de más gigantesca magnitud; imaginar que alguien comprenda, sin verlo, cuántas, cuán variadas, cuán bellas, cuán majestuosas son las formas con que se muestra el sol luego, como flotando en el mar, por efecto de la refracción atmosférica en las aguas; hallar, en fin, solemnes frases para revelar lo augusto, lo sombrío, lo extraordinariamente silencioso de la sublime calma en que aparece el mundo, desde la soledad tremenda de estas cenicientas cimas, cuando el último brillante punto, de color de grana, se borra del pharelio en la inmensidad de los espacios y sobreviene el moribundo crepúsculo, no es posible á mí, cuyo espíritu, cantor de las melancolías grandes del desierto, y abstraído en admirar lo sublime de esta naturaleza gigante, niega palabras á la lengua y paraliza entre los dedos la pluma.

Habré de resignarme, por tanto, á otro género de pinturas hoy, pues á mi deseo se sobrepone con imperioso mandato la realidad de

múltiples escenas. Los golpes violentos del martillo y el suavizador *rás... rás...* de la garlopa, se hacen oír cerca de mí. Sospecho que los mineros están preparando algún trofeo, ó elegante arco de triunfo, dedicado al Rey; y á corroborar mi sospecha llegan en este momento, desde las profundidades bellísimas en que corre el río Deva por junto á los baños termales de La Hermida, varios *caballucos* del país, cargados con no pocos haces, ó *coloños*, de laurel. Y, á pesar de la niebla, paréceme que distingo no muy lejos á alguien como pintando un escudo. Gentes suben desde el mencionado pueblo de La Hermida y desde Potes, conduciendo del ramal *caballerías*, sobre cuyos lomos se ven cargas de diversa especie; y gentes bajan desde aquí, para evacuar, á no dudarlo, encargos de varios géneros. Indudablemente las gentes de este país creen, como yo, que las nubes han de retirarse pronto, y que el miércoles, cuando aquí llegue D. Alfonso XII, cuantas cosas por testimonio de amor le sean presentadas, serán por la hermosa luz del sol embellecidas.

Y esperan, á no dudarlo, estos honrados trabajadores de las minas que el humo, produ-



cido por la explosión de barrenos, blanqueará en ondulaciones caprichosas y en contraste con el azul puro del cielo el día 16, cuando todos estos riscos aparezcan hermoseedos por multitud de aldeanas que, en compañía de sus hermanos y novios, vendrán desde muchas leguas de distancia á ver la llegada del Monarca agosto, y á cantar la bienvenida al régio huésped.

El *tin... tin...* de la taladrante barra de acero, sonando acompasado, al chocar en alta roca, al fuerte impulso de los brazos montañeses, rato hace ya que está llegando á mis oídos, desde puntos en que no hay ninguna mina; y esa circunstancia me revela que los operarios preparan baterías explosivas, para salvos en honor del Rey; baterías únicas que pueden armonizarse con las condiciones topográficas de la región en que se están haciendo.

La animación es creciente. De hora en hora, se ve que los Picos de Europa van haciendo rodar las nubes silenciosas hácia la parte del mar; y de hora en hora, llegan más incitantes noticias desde los pueblecillos que hay abajo. Y no a quí sólo se nota la emoción producida

por la esperanza de próxima realización de cosas buenas; también abajo, en los pueblos de Liébana, sé que están las gentes entusiasmadas y dispuestas á mostrar al Rey, de muy brillante modo, lo mucho que agradecen su visita y la forma cariñosa en que se digna hacerla. Para mayor alegría, el barómetro me anuncia que mejora el tiempo. Las fiestas lucirán así.



---

X.

ALTURAS DE ANDARA, 15 de Agosto.

Hoy, según costumbre de años anteriores, hubieran celebrado en estos riscos los mineros de «La Providencia» la fiesta de Santa Bárbara, puesto que en Diciembre no se trabaja nunca en estas minas, por causa de la nieve; pero la circunstancia de venir mañana el Rey, y ya es noticia segura, hizo que la fiesta minera se haya dejado para celebrarla al mismo tiempo que la llegada de S. M. Los muchos barrenos dados en las peñas, para que estallasen hoy, servirán para que sus explosiones aumenten el extraordinario número de las dispuestas para mañana, con el objeto de solemnizar el arribo del egregio y popular Monarca.

No por eso están hoy las alturas de Ándara

desanimadas. Desde las aldeas de estos contornos, y desde Potes mismo, con necesitarse largas horas de trabajoso camino para llegar aquí, muchas gentes, por ignorar que hoy no había la consuetudinaria fiesta de las minas, ó por creer que era el día señalado para subir á estas cumbres D. Alfonso XII, llegaron tempranito y pasan alegremente la tarde, bailando en la explanada delante del Casetón los jóvenes, y haciendo regocijados pronósticos acerca de las régias cacerías los ancianos. Panderetas y *tarrañuelas* unen su estrepitosa música, en el corro, á los salpimentados cantares de un par de mozas montañesas, que hacen gala de que su voz se oiga muy lejos, muy lejos, y de que el sostenido característico del fin de cada cantar, en este país se entiende, se *sostenga* tanto tiempo, cuanto bastaría para romper en cien pedazos los pulmones de las mozas de otras tierras, si se atreviesen á imitar el modo de cantar de aquí, donde el *busilis* del canto consiste en que prolongue indefinidamente el eco la última letra vocal.

Ni preocupa los ánimos la espesa niebla, que de cuarto en cuarto de hora sube desde el

bosque, nueve kilómetros de camino más abajo de las minas; pues la gente, que sin cesar va llegando de las aldeas, asegura, y no es extraño, pues muchas veces sucede, que más abajo del bosque mencionado no hay nube ninguna, y que el sol señorea en atmósfera libre de celajes, produciendo calor sofocante. Nótase además que, desde ayer, sube con insistencia el barómetro, y que la niebla va elevándose por encima de los Picos más altos, no parándose, como en otras ocasiones, en las asperezas de la roca; y son precursores tales síntomas de próxima desaparición de los nublados. Y aunque son tan densos, que á quince pasos de distancia no puede conocerse á una persona á las tres de la tarde, en que estas palabras escribo, la temperatura no es fría, pues el termómetro señala en este momento 15° del centígrado, ó sean 12 del de Reaumur, lo cual es una bicoca de que á estas fechas no pueden disfrutar los madrileños, aunque se paséen por el Buen Retiro, y aunque reciban rociaduras grandes con las mangas de riego, tan delicadamente manejadas, como son, por los del sombrero pardo y amarilla chapa.

Frescos estamos aquí, no hay que dudarlo, y más frescos de lo que á nuestro deseo agrada; y sin poder ver apenas dónde ponemos el pié, digo, los que no están, como yo, quietos. Pero ni la baja temperatura de esta atmósfera, ni la oscuridad ocasionada por las nieblas, han podido impedir que lleguen hasta mí noticias ciertas de lo que en Suances, distante de aquí dos buenas jornadas, es motivo de grandes manifestaciones de júbilo en esta tarde misma; porque sé, por buen conducto, que el Rey ha ido á visitar aquel pueblo, próximo á Torreleva, y en cuya excelente playa veranean no pocos bañistas. El Ayuntamiento y vecindario de Suances mostraron al Monarca mucho afecto cuando el año pasado estuvo la corte en Comillas, y ahora han hecho lo mismo; por cuya razón, el bondadoso y popular D. Alfonso XII ha querido ir á saludarles, antes de venir á ejercitarse en la caza de rebezos y osos en estas lejanas Peñas. Ya ve Vd. cómo la oscuridad de este apartadísimo desierto no es obstáculo, para saber con certeza que D. Alfonso XII se halla esta misma tarde recibiendo, á muchas leguas de aquí, leales muestras del respeto y el amor

que merece, y hácia él sienten los que de recto espíritu se precian.

Porque la verdad es que el Rey, por su iniciativa generosa, fecunda, liberal y oportuna en lo que atañe á los intereses generales de la patria, y por la suma bondad con que á todos y cada uno de los españoles que se le acercan recibe, y por su grande ilustración y sencillez laudable de costumbres, así como por lo sinceramente que desea el bien de los pueblos y el enaltecimiento de nuestra nación, es digno de no tener ni un solo enemigo de su augusta persona, ni tampoco enemigo ninguno de su reinado. Únicamente la obcecación producida por delirios, y el sistemático error originado por cálculos ambiciosos, podrán no ser adictos á la salvadora institución que el Monarca representa, ó al nobilísimo Don Alfonso XII mismo; pero quien no esté obcecado, ni obre como instrumento de pasiones locas y muy censurables, tendrá leal adhesión al Rey y á su Monarquía.

Los montañeses de los Picos de Europa lo creen así todos; y aunque son modestísimos, no vacilan en proclamar que su creencia en este asunto es la única buena, porque está funda-

da en la razón y en la justicia. Creo como ellos.

No quisiera molestar á Vd. con largas cartas y voy á terminar ésta con otra noticia.

Había el apreciablesimo ingeniero Sr. de Arce ordenado y dispuesto ya, no tan sólo quanto en este país hay posibilidad de hacer, para que las cacerías de rebezos y de osos sean dignas del Rey de España, más también quanto pudiese contribuir á que fuera ménos ingrata para el mismo augusto viajero la permanencia en estas pobres montañas lebaniegas. Accediendo, no obstante, á una indicación del Sr. Güel, y agradeciendo el valiosísimo concurso, el Sr. de Arce ofrecerá al Rey una comida el día 16, en este Casetón de las minas de Ándara; y el distinguido hijo político del señor Marqués de Comillas, cuidará, de la manera brillante que acostumbra, de que S. M. encuentre mesa dispuesta en todos los demás puntos en que, durante la excursión, sea necesario.

En La Hermida y aquí arriba están ya dependientes del señor Marqués, para el fin propuesto de servir á S. M. el Rey del modo mejor que en estos sitios sea posible.





---

## XI.

ALTURAS DE ÁNDARA, 16 de Agosto

¡Viva! ¡viva! Hoy no se puede resistir el impulso del alma, que hace mover los labios para exclamaciones jubilosas. Hoy todo es aquí de *delicia*. Las nieblas frías y espesas, que antes de *ayer*, y *ayer más*, nos mortificaban en estos enormes riscos, desaparecieron por completo anoche: hoy, á la hora del amanecer, cielo espléndido y purísimo brilló sobre estas montañas, y el sol vino luego á revestirlas con su luz hermosa, para que el Rey, al llegar á ellas, encuentre el gozo de la Naturaleza en los Picos, unido al gozo de los corazones montañeses.

Porque la alegría es mucha, extraordinaria, como nunca se vió aquí. Los mineros, que otros

días no es fácil ver en número de más de diez, y esos dedicados á su ocupación, aislados en muy apartado sitio unos de otros, están hoy, que no trabajan en las minas, reunidos en grandes y animados grupos desde las seis de la mañana. Vestidos todos con el pintoresco traje por cada uno reservado para las principales fiestas; pululando por las cañadas y las cumbres; aquí cantando, allí haciendo resonar entre los riscos el característico *ujujú*, llamado «relincho» en las aldeas; por acá levantando un arco; por allá poniendo bien las mechas á los barrenos; colocando sobre cada mina una bandera, en virtud de lo cual las inconcebiblemente accidentadas peñas, por cualquier lado que uno mire, parecen sonreír y animarse con los preciosos colores nacionales; en tan delicioso movimiento, los trabajadores mineros no están solos, pues les acompañan muchos aldeanos y aldeanas, que por los caminos, sendas y atajos de estas cumbres empezaron á llegar, cantando alegremente desde muy tempranito.

La temperatura, inmejorable aquí, pues á las diez de la mañana marcaba ya el termómetro Centígrado 18 grados, que son 15 de Reau-

mur, y á las tres de la tarde señalaban el Centígrado 21 y el Reaumur 15'5, ha sido calurosa, como los últimos días, en La Hermida y en los demás pueblos de Liébana.

Pero si allí las gentes han disfrutado esta mañana del calor canicular, nosotros, los que estábamos en estas alturas de Ándara, hemos gozado de una escena digna del más regocijado y más brillante pincel, y de la más viva y amena pluma para describir tal como ha ocurrido. Me refiero á la llegada del párroco de Tresviso, que vino á celebrar misa solemne en el altar de la patrona Santa Bárbara. Vestido como la importancia y gravedad del caso de su venida requería, con sotana, manteo y gran sombrero de teja, de pronto apareció, por las revueltas del camino, sobre un jaco tan infatigable entre las breñas y tan velludo como imaginar sea posible, formal, sério y pausadamente caminando, precedido de ventidos tresviseñas, adornadas con las sayas y los dengues y pañuelos mejorcitos que en el fondo de sus respectivas arcas encontraron. Venían ellas á pié y de cuatro en fondo, en correcta formación, y muy despacio, para más solemnidad; y al són de dos pandere-

tas, cantaban cuan fuertemente podían todas las buenas muchachas una cosa que, fielmente repetida, era de la clase y género que Vd. ve aquí:

«Señor cura de Tresviso,  
montadito en su caballo,  
parece un ramo de flores:  
por el aire va volando.»

Inmediatamente después de haber hecho el buen párroco su triunfal entrada, como dicho queda, en la plazoleta donde está el Casetón de las minas, apeóse muy tranquilo del modesto jaco, se dirigió á la capillita de Santa Bárbara, construída al fin de la explanada, y allí dijo la misa, á las once menos cuarto, mientras los acórdes de un organillo solemnizaban el acto religioso, á que asistían los mineros y las gentes venidas de las aldeas, y que ocupaban extenso espacio en estos riscos. Comió la gente luego en las chavolas y entre las rocas al sol, y comenzaron los bailes inmediatamente, al són del tamboril, las panderetas y las tarrañuelas.

En tanto que todo esto nos entretuvo guapamente, S. M. el Rey había llegado á las once y media de la mañana al pueblo de La Hermida,

acompañado de los señores general Terreros, conde de Mirasol, brigadier Goicoechea, coronel Barcáiztegui, doctor Camisón, D. Eusebio Güell, D. Andrés y D. Mariano Henestrosa, hijos del señor conde de Moriana, D. Luis Bustamante, primo de los dos antes nombrados, don Fernando Santoyo, redactor de *El Día*, y don Gonzalo Cedrún, que lo es de *El Tiempo*.

En La Hermida saludaron á S. M. el señor gobernador civil de la provincia, el Sr. D. Ricardo Cuevas, vicepresidente de la Diputación provincial, el senador Sr. Campuzano, el diputado á córtes por este distrito señor Viesca, el señor Martínez de Bedoya, alcalde de Potes, Don Juan López, alcalde de Tresviso, y otras muchas personas, entre las que debo mencionar al ingeniero de las minas de Ándara, Sr. de Arce. Numeroso gentío de Potes, Lebeña y los pueblos de Peñarubia, esperó en La Hermida la llegada del Rey, aclamándole con entusiasmo. En La Hermida había un arco de pañuelos.

Después del almuerzo ofrecido al simpático Monarca por el Sr. Güell, en la casa que la Sociedad minera «La Providencia» tiene en La Hermida, el Sr. Gobernador civil, el senador

Sr. Campuzano, el vicepresidente de la Diputación provincial y el alcalde de Potes se despidieron de S. M., que comenzó con su regia comitiva la ascensión, por el camino que conduce á estas minas de Ándara.

Cuando, á las seis menos cuarto de la tarde, desde los picachos que más avanzaban, se vió que el Rey estaba próximo, cesaron aquí los bailes, y todas las gentes acudieron á los peñascos cercanos al camino. De pronto, en la roca del Mancohundido, sonaron con solemne estrépito, y los ecos de estas montañas repitieron majestuosamente, ventiún fuertes estallidos de barrenos, por saludo al egregio viajero que llegaba. Los vivas y aclamaciones al Rey contestaron inmediatamente al sublime ruido, que la explosión de la pólvora en las peñas había extendido por la enorme cordillera; y, vitoreado sin cesar, precedido por los cazadores de rebezos que más fama tienen en esta comarca, guiando á todos los cuales venía el renombrado Juan de Moradiellos, al són también de pande-retas y cánticos de las jóvenes montañesas, presididas por el apreciable alcalde de Tresviso, en medio de las más francas y afectuosas demos-

traciones de alegría del numeroso concurso, D. Alfonso XII, el popular y amado, llegó á la placeta del Casetón, á la entrada de la cual había un arco elegante sobre columnas de laurel, y con esta inscripción en la parte que da al campo:

*Los mineros de «La Providencia»  
ofrecen este testimonio de respetuoso cariño  
á su amado Rey D. Alfonso XII.*

¡VIVA LA MONARQUÍA LIBERAL!

En el otro frente, la inscripción del arco, mirando al Casetón de las minas, dice así:

¡VIVA DON ALFONSO XII!

*Él dijo en Santander: «¡Adelante, montañeses!  
La penosa senda del trabajo, unida á la edu-  
cación, es la única que puede levantar el nivel  
moral de los pueblos y hacerlos dignos de  
la libertad.»*

¡VIVA EL TRABAJO!

La trascendental significación de ambos letreros revela bien el excelente espíritu, que, moral y socialmente, inspira en los mineros de

Ándara la sábia organización de los trabajos hecha por el ingeniero Sr. de Arce.

El gentío se agrupó en seguida en derredor de S. M., cuando se apeó á la puerta del Casetón de las minas, sobre cuyo edificio ondean vistosos gallardetes y da al viento el brillo de sus colores la bandera nacional, con un escudo en el centro y esta leyenda: *¡Viva Don Alfonso XII, Rey de España!*

En el momento de apearse el Rey, las baterías de las alturas Banco Sin-nombre, la Enclavada, Inagotable, Abundantísima y Grandiosa, retumbaron con el estampido de numerosos barrenos; habiendo llamado especialmente la atención de S. M. la batería del Pico del Grajal, cuyos barrenos estallando en bonitos surtidores de fuego, arrojaban grandes peñascos á considerable altura sobre la cúspide del Pico.

Subió luego el Rey al sitio que llaman Cualquier-Cosa; pero las espesas nubes que había en el lejano horizonte del mar por el ocaso, impidieron ver la puesta del sol.

El detalle, no quiero decir *menú*, de la comida con que el Sr. de Arce obsequió á S. M., fué el que ahora digo:



Caldo de carne de vaca y gallina; solomillos con setas, truchas fritas, lenguas en escarlata, salmón en salsa tártara; asados de pierna de rebezo y de pava; fiambres de jamón en dulce y lengua trufada; dulces de tarta, pastelillos de crema y empanadillas, y postres de melétanos (fresas silvestres del país), peras de donguindo y briñones (de Liébana ambas cosas); piña fresca, dátiles de Berbería, melocotones, uvas y galletas inglesas.

Los vinos fueron: Tostadillo de Liébana, Jerez, Liébana común del año 1875 y Champagne.

Después de tomado el café, pusímonos á escribir, en una misma mesa, el Sr. Santoyo su correspondencia para *El Día*, y yo la presente. De pronto, nos vimos honrados con la presencia del Rey, que con varios señores regresaba de ver el baile de los aldeanos. Manifestó deseo de que leyésemos lo escrito; y aunque observamos que era incompleta nuestra obra, nos invitó de nuevo bondadosamente, por lo cual yo leí todo lo que contiene esta carta antes de lo que se refiere á la llegada de S. M. á La Hermita. Durante la lectura de los cinco párrafos, y después de ella, se dignó favorecerme con

muy lisonjeras frases, que no merezco, pero que siempre recordaré con gratitud.

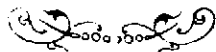
Durante todo este tiempo, los bailes y los cánticos de la gente joven no cesaron junto al Casetón, y uno de los cantares era así:

A nuestro rey Don Alfonso  
le tienen que preguntar  
si le pintan bien los aires  
del Pico del Samelar.

Un caso curioso para terminar. Cuando el Rey, con los que le habíamos acompañado á ver la puesta del sol, volvía hácia la casa, dos mujeres que iban en opuesta dirección paráronse delante de él, y, con la naturalidad más afectuosa, una de ellas dijo á S. M.:

—*Muncho nos alegramos de que haiga vuelto por acá, y con salud, señorito!*

Encantadora manifestación de ingénuo gozo, que el benévolo Monarca agradeció.



---

XII.

ALTURAS DE ÁNDARA, 17 de Agosto.

A las cuatro y media de la madrugada cantaban hoy ya las mozas de Bejes, ante el Casetón de las minas, este pícaro cantar:

«Para dir el Rey á caza,  
la mañana está *rucida* (1);  
para dir á los rebezos,  
tienen ustedes mal día.»

Al oír tan mala nueva, y pues estaba ya vestido, abrí la ventana de la habitación, creyendo que había oído soñando; y efectivamente vi... que no veía. por causa de la espesa y húmeda niebla, que envolvía todo cuanto constituye el

~~~~~  
(1) Mañana en que cae mucho rocío, como lloviznando por efecto de la niebla.

puerto de Ándara; y cuando, media hora después, desperté á los Sres. Arce, Santoyo y Cedrún, que dormían en la misma habitación que yo, en vez de saludarles diciendo: «Señores, muy buenos días!» malhumorado por el contratiempo de la niebla, les arrojé sin consideración este cohete á la Congreve: «¡Mal día, señores! ¡hay una niebla muy densa!»

A pesar de todo, el Rey, siempre animoso, dispuso la subida al Pico del Samelar, ya descrito en una de mis precedentes cartas; y lo dispuso creyendo que, como opinaban algunos monteros muy prácticos en el país, era probable que las nubes no llegaran, ni con mucho, á la escabrosa elevación en que estaba dispuesto el cazadero. Terminado, pues, el desayuno, S. M. montó á caballo á las ocho y cuarto y, haciendo lo mismo su acompañamiento, se comenzó la subida á la alta peña.

Viste el Rey elegantísimo colete de piel de cabra, color canela, y monta un alazán hermoso. Tras el egregio cazador seguía larga fila de jinetes por la pendiente senda arriba, y á las nueve estaba ya S. M. en el cazadero que se le había dispuesto; ocupando de dos en dos, ó de

tres en tres, los señores de la comitiva los puestos más convenientes en las diversas escabrosidades de la cumbre. Pero la densidad de las nubes era allí mayor que abajo y, no viéndose nada en aquel sitio, decidió S. M. regresar al Casetón de las minas.

En toda la demarcación minera había entonces un cielo limpio de nubes, y brillaba sin obstáculos la luz del sol, notándose lo mismo por la parte de Occidente; viendo lo cual, y apenas el almuerzo terminado, S. M. resolvió subir al Pico del Jierro, ya también descrito por mí días pasados, y al cual llegamos á las tres menos cuarto. Bellísimo cuadro se ofreció á los ojos de S. M., durante aquella ascensión. Seguíamosle 17 jinetes, con la escopeta terciada á la espalda y uno tras otro, por no exponernos de otro modo á que resbalase algún caballo y rodase por los precipicios con quien le montara; y cuando el séquito del Rey formaba ondulante hilera por los pendientes zig-zacs de aquel camino, veíanse ir delante, á pié y por diversas cumbres y cañadas, los ojeadores, también con armas; de manera que parecían guerrillas de guías del país, delante de un cuerpo de ejército al ir

á dar una batalla, según acertadísima y exacta comparación hecha por S. M.

Si ya no hubiese hablado á Vd. en otras cartas del hermoso espectáculo, que presentan desde las grandes alturas de estos Picos las nubes, cubriendo otras montañas no tan altas y el mar, diría que á todos, al Rey y á su acompañamiento, causó agradable impresión.

Antes de comenzarse el ojeo y colocarse los cazadores en los puestos á propósito, pues iba todavía caminando, vió S. M., no lejos de sí, dos antílopes, á los que no quiso tirar, por no alterar el orden de la cacería; pero, á poco de haberse situado el Rey frente á una de las cañadas, se presentaron dos rebezos junto al puesto en que estaban D. Luis Bustamante y el doctor Camisón, y ambas reses fueron muertas por los dos mencionados señores, quienes recibieron felicitaciones numerosas por su buen acierto. A las cinco y media, es decir, á las dos horas de haberse empezado el ojeo, y no habiéndose presentado más rebezos que los dos víctimas de la buena puntería de los Sres. Camisón y Bustamante, dió S. M. por terminada la excursión, y regresó á la Casa de las minas, en cuyos alrededores

dedores había numeroso gentio, aún más que ayer, vitoreándole con indecible alegría.

No cesan un punto los bailes y los cantares junto al Casetón; y el Rey, bondadoso y afabilísimo con todos, está muy complacido. Los cantares son todos tan *sui generis*, como los dos ó tres que ayer y hoy he copiado. Y allá va otro:

«Retírense los alcaldes,  
retírense en *los* sus pueblos,  
que aquí no manda denguno  
más que nuestro Rey primero.»

Mañana descansará S. M. un rato, y por la tarde irá al puerto de Áliva, para llegar al cual, aunque está tocando en éste de Ándara, se necesita emplear unas cuatro horas, por grandes rodeos que hay que hacer. Pasado mañana, 19, hará la gran cacería de rebezos, y bajará á pernoctar en Potes, en vez de hacerlo en el desierto de Áliva, como estaba proyectado. De este modo, se adelanta un día la primera cacería de osos. Esta innovación en el primitivo plán ha sido motivado por haberse recibido aviso de que, además de la osa y el *escañeto* (oso de cría) vistos en el bosque de Bedoya, se sabe que hay tres osos grandes en un bosque perteneciente al

pueblo de Ledantes. Habrá, por tanto, dos días, 20 y 21, destinados á la caza de las fieras dichas

Como después de almorzar mañana, S. M. y la régia comitiva marcharán de este puerto de Ándara para el de Áliva, según dejo dicho, ha querido antes el Rey dar una prueba más de sus bondadosos sentimientos; y á este fin ha entregado, para las mozas y los pobres de estas aldeas, 5.000 reales al ingeniero D. Benigno de Arce.





---

### XIII.

ALTURAS DE ÁNDARA, 18 de Agosto.

Ya estamos en aquella parte de los Picos llamada Puerto de Áliva, puerto que está para utilidad de los pueblos lebaniegos, situado á más de 2.000 metros de elevación sobre el mar, en las más rudas asperezas de la estependa cordillera.

¡Qué viaje tan admirable, desde las cenicientas rocas de Ándara hasta la verde explanada de Áliva, que borda el pié de la imponente Peña Vieja en que esto escribo! ¡Cuánto placer habrá sido el del agosto D. Alfonso XII, en las cinco horas que ha durado la jornada de esta tarde! ¡Y qué grande mi satisfacción, viendo al Rey, en las soledades tremendas de estos pro-

digiosos riscos, conversar afable con los más humildes montañeses, y caminar gozoso por las asperezas indecibles del terrible desierto, sin más guarda, sin más escolta militar, que el entusiasta amor de los sencillos pacíficos aldeanos! Alguien lo dijo. Ver al joven Rey de una grande nación caminar así, confiado, sonriente, gozoso por peligrosísimas cañadas, por cumbres formidables, por senderos angostísimos, junto á profundas simas, y no hallar á su lado por allí otra cosa que aclamaciones de infelices pastores, no acostumbrados á ver, entre la sublimidad salvaje de sus montañas altísimas, la majestad augusta, dulce y bienechora del Trono español, es un espectáculo tan bello, tan magnífico, que sólomente de un modo le sabe describir mi pluma, escribiendo aquí esta frase: «¡Viva Don Alfonso XII, el Rey de magnos y laudabilísimos alientos!»

Acaso, hace ya diez siglos, pasaron así por esta imponente cordillera los primeros Reyes de la Reconquista: quizás aquellos nobles, perorudos, héroes de la espada y la ferrada maza, cuando pasaron por estos riscos espantosos, lo hicieron precedidos y rodeados y seguidos de

guerrera hueste, poderosa en tanto grado, que su ronca voz bastaba para estremecer de espanto á las terribles rocas. Tal vez aquí no se atrevieron á penetrar, por estas gigantescas soledades, los grandes reyes españoles que, durante mil años, han llenado con sus hazañas la historia: pudo ser que el horror á estas asperezas increíbles hizo alejar de ellas el pensamiento de los reyes, y el décuplo velo de siglos silenciosos impidió que aquí resplandeciera la corona de los monarcas españoles. Pero el frío con que un terrible millar de años había helado en estas cumbres el potente y alentador eco de los vítores y cánticos de aplauso al Trono, ha sido, con la presencia del magnánimo Rey D. Alfonso XII, súbita y totalmente convertido en fervientes manifestaciones de amor y de leal entusiasmo.

Por eso el viaje de hoy, desde el Casetón de las minas de Andara hasta el Puerto de Áliva, fué como tributo de admirable amor y de entusiasta lealtad ofrecido al Rey por la Naturaleza y por los pueblos de esta comarca singular. El viaje comenzó en la dirección al Nordeste; y, durante el tiempo que se siguió en tal sentido,

precedían al Monarca grupos de aldeanos y aldeanas de Tresviso, cuyo alcalde iba en el acompañamiento de S. M.

Los tamborcillos, las panderetas y los cantares no cesaban; y el grupo más adelantado en el camino se paraba en un recodo, y dejaba que pasaran los demás; y cuando el Rey iba llegando, volvían los cánticos á repetirse con nuevo aliento, con adhesión más ingénuá, y con más sencillo pero indiscutible sentimiento de gratitud al bondadoso Monarca.

Mientras que el viaje se efectuó por la jurisdicción municipal de Tresviso, el aspecto de la Naturaleza en las montañas no perdió el tinte severo y grave de las rocas. De pronto, el alcalde D. Juan López, manifestando su deseo de seguir acompañando al Rey, dijo que iba de allí en adelante como súbdito amante del Monarca, de quien ha recibido honrosísimas pruebas de benevolencia, pero que la jurisdicción de su alcaldía terminaba en aquel sitio, y empezaba la de Sotres. Y para que todo fuera nuevo, la dirección del camino cambió allí mismo de Nordeste á Suroeste, y el paisaje asperísimo y terrible se convirtió en suavísima y

preciosa perspectiva, y los cánticos de las tres-visieñas fueron substituidos por los vivas y cantares de todos los moradores de Sotres y de Tielbe, que allí esperaban presididos por su alcalde.

¡Qué precioso, qué encantador paisaje es éste! decían los que formaban la régia comitiva. Una explanada de verdor fresquísimo en el suelo, con árboles cubiertos de lozanía en el follaje y de formas caprichosísimas, y que armonizan con las fantásticas formas de los Picos, que sobre aquella vegetación hermosa se levantan; allá en el fondo de la hondonada el pueblecillo de Sotres, y más allá de él, con risueñas verdes laderas, una altísima série de cumbres peñascosas, perdiendo sus puntiagudas cimas en el azul purísimo de los espacios; tal es, rápida y pálidamente dibujado, el panorama que al amado Rey y á los que le acompañamos causó deliciosa admiración. ¿Qué Suiza puede igualar á la sin rival grandiosidad y belleza de estas regiones de los Picos de Europa?

Al entrar en Sotres, recibió S. M. las más vivas muestras de adhesión de cuantos moradores hay en aquel pueblo y Tielbe, cuyo alcal-

de y cuyos párrocos ofrecieron sus respetos al benignísimo Rey, en tanto que los «vivas» resonaban, superando el estampido de multitud de barrenos dispuestos en los peñascos que al pueblo rodean. Todos los leales aldeanos de ambos pueblos siguieron aclamando al Rey, hasta el lejano sitio llamado Las Vegas de Sotres, donde termina la jurisdicción del mismo pueblo y donde, al lado de una majada en el camino, habían dispuesto una tienda de campaña, en que, para despedida, ofrecieron á S. M. leche exquisita y agua fresca. De ambas cosas se dignó tomar el Rey, conversando largo rato con aquellas buenas y entusiastas gentes; y, volviendo á cabalgar, llegó la régia comitiva al Caserón de las minas de Áliva, siendo también recibida en los límites del puerto por el pedáneo de Espinama y muchas gentes del valle de Varó, que forma el Ayuntamiento de Camaleño.

Las pastoras que, entre las más grandes cumbres de la indescriptible cordillera, estaban guardando, según secular costumbre, sus ganados, improvisaron varios cantares, uno de los cuales era así:

¡Viva Don Alfonso XII,  
el que la España gobierna!  
¡Viva! cantan los leales  
en los *Campos de la Reina!*

Para comprender bien el sentido del último verso, es necesario recordar que, según tradición antiquísima en Espinama y otros pueblos de los más próximos á los Picos de Europa, la reina Gaudiosa, esposa de Pelayo, en tanto que su marido perseguía por las Asturias de Oviedo á los moros que había derrotado en Covadonga, supo que no pocos musulmanes venían á este país, fugitivos de aquella célebre batalla; y presentándose desde Cosgaya la valerosa Reina en los Picos de Europa, con los pocos montañeses que en aquellos pueblecillos habían quedado y pudo precipitadamente reunir, derrotó á la gente mora en la parte del puerto de Áliva, que desde entonces se llama *Campos de la Reina*. El cantar dirigido á nuestro actual Monarca significa, por tanto, que los pueblos de estas montañas, ante todo y sobre todo, son leales á su legítimo Rey.

Las mozas cantaron y bailaron en esta grande soledad, hasta que llegó la noche y se

retiraron á las majadas, que cada pueblo del Ayuntamiento tiene en la extraña y extensa pradera.

Para las mozas y para los pobres de Sotres y Tielbe fueron entregados al alcalde, de orden de S. M., cientos de reales; no habiendo pueblo por donde pase el Rey que no reciba esa muestra de su bondad inagotable.

Debe ir esta carta muy temprano á Potes, para que pueda Vd. recibirla el lunes; pero temprano también subirá el Rey, por espacio de cuatro horas, por la abrupta Peña Vieja para llegar al cazadero de rebezos. A las cinco de la mañana subiremos, como Dios nos dé á entender, la ágría montaña.





---

#### XIV.

POTES, noche del 19 de Agosto.

Déjeme usted ver si tengo la fuerza necesaria para, después de la magnífica jornada de hoy, mover algo la pluma sin garrapatear. ¡Qué subida, santo Dios! ¡hasta diez mil y cuarenta y seis piés (2.800 metros) sobre el nivel del mar! ¡Y qué pendiente la de aquella imaginaria senda, en zic-zác vertiginoso por la grande cortadura, horrible abismo, que hay al pié, y está mirando al Puerto de Áliva! ¿Quién podrá describir lo que hoy en la subida hemos visto? Nadie: porque un espectáculo tan prodigioso únicamente puede ser visto y admirado en éxtasis de terror; pero descrito no, no puede serlo.

A las seis de la mañana, desmontando de los caballos en que, desde el Casetón de las minas

de Áliva, fuimos por espacio de un kilómetro hasta donde, sobre la pradera del alto puerto, se empieza á erguir el más elevado, más colosal, de todos los Picos de la cordillera, comenzó S. M. el Rey á caminar por la resbaladiza Peña arriba, yendo uno tras otro en pós del animoso Monarca, y formando una hilera incomprendible, todos los que componíamos el régio acompañamiento en este viaje admirable, incluso los cazadores del país, que habian de establecer el ojeo en las grandes quebradas de la cumbre.

‘ No se crée, no es posible que se crea sin subir por allí, lo difícilísimo que es asegurar parte del pié sobre pequeños huecos en declive de la Peña, para adelantar un paso más, buscando apoyo en otro puntiagudo saliente de la roca, y ascender ¡jála!.. jála!.. por aquél tajo atrózmemente vertical, mirando inevitablemente por las infinitas ondulaciones de la horrorosa via, lo cual produce vértigo espantoso: ni se crée, no viéndolo, cuán difícil es no hacer que se desgaje, al sencillo contacto de los piés, algun pedazo de peñasco, que vaya luego rodando, con velóz impu!so y con fragor pavoroso, por la gran-

dísima pendiente abajo. Y como si tal no hubiera, como si aquello fuese un montecillo arenoso y exento de todo peligro, el Rey, naturalmente erguido, y aunque estaba en aquellos días algo enfermo, ascendía sin perder la gallarda apostura y mirando desde cada vuelta de la senda, si así puede llamarse aquello, cómo los que más abajo en larga fila seguíamos su peligrosa ascensión, trabajábamos por hallar para las manos, así como para los piés, algún leve, difícil asidero, á fin de poder subir ¡jála!.. jála!.. por el terrible peñasco. Parecía aquello uno de los fantásticos sueños de las imaginaciones orientales: pero no luminoso, y sí negro, audáz, pavoroso trazo, hecho, en las profundidades del abismo, por el gigante paso del espíritu creador de grandes y angustiosas pesadillas. ¡Jála!.. ¡jála!.. delante el jóven sonriente Rey, y detrás, como cada cual pudo alcanzar puesto en la prodigiosa fila, con largo palo de puntiagudo y ferrado regatón en una mano, y en traje cómodo de campo, los personajes del régio séquito y los aldeanos de todos los pueblecillos enclavados en la adusta cordillera de los Picos.

Y todos ¡jála!.. ¡jála!.. peñasco arriba, en

angulosa caminata, por momentos detenida de cuando en cuando para respirar, hasta que, próximamente á la hora de haber comenzado la ascensión, remontamos la cortadura espantosa, y sobre sus bordes, prolongándose hasta la todavía muy lejana cumbre, vimos una pendiente casi vertical, pero llena de menuda yerba y de extrañas cuanto hermosas florecillas entre la misma roca, por lo que, sin duda, tiene aquello la denominación de *Las Verdes* de Peña-Vieja.

Detúvose allí la marcha un breve instante; y entonces el Rey, cuya viva mirada recorrió, sonriente y alentadora, la extensa fila de leales acompañantes, que en el atrevido viaje le seguíamos, vió entre los aldeanos un viejecito descalzo, pero de semblante alegre, á quien, admirado el Monarca, preguntó los años que tenía. «Setenta y cuatro, señor,» contestó el valiente anciano, que era Eusebio Campillo, del pueblo de Sotres: «Setenta y cuatro, ya cumplidos. Nací el año de ocho, y muchas veces he subido durante mi vida por aquí; pero todavía no me canso en seguir á V. M.» Miramos todos al héroe de las peñascosas ascensiones; y entonces supimos que otro vecino del mismo

pueblo, llamado Félix Gonzalez, de setenta y dos años también, se hallaba entre nosotros; y el bondadoso Monarca vió con sorpresa, como vimos todos, que otro convecino de los anteriores, llamado Manuel Gonzalez, se adelantó á decir que allí estaba él, con ochenta años de edad y con el *follico*, ó zurrón de piel de rebozo, á la espalda, subiendo ¡jála!.. ¡jála!.. paso á paso y sin cansarse, por las terribles Verdes de Peña-Vieja, para ejercer el oficio de ojeador en la régia cacería.

No soy de los que se desalientan pronto, andando por riscos y vericuetos: la prueba de ello fué que la noche antes, á pesar de la trabajosa jornada que habíamos hecho desde Ándara, no me acosté poco ni mucho, pues preferí estar escribiendo, lo cual no me impidió subir luego hasta la cima de Peña-Vieja sin sentarme, llevando sobre mi cabeza el negro pesadísimo rebozo de mis cuarenta y siete años bien cumplidos y, á más de esto, apoyado en mi brazo á un respetable y dignísimo señor, perteneciente al séquitó del Rey. Pero ante aquellos tres ancianos, que antes dije, sentí verdadera envidia, por no hallarme dotado de tan fuerte naturaleza

física como ellos. ¡Qué más quisiera yo que llegar á ser octogenario, sin carecer ni aún entonces de la fuerza y robustez suficientes para subir, ¡jálala!.. ¡jálala!.. y sin cansarme, á lo alto de Peña-Vieja!

Durante cuatro horas, siguió el Rey, y seguimos todos, ascendiendo por aquella montaña enorme; y mucho antes de que llegáramos á la cumbre, se formó en la parte Sur de Liébana una imponente tempestad, á la que todos vimos con admiración desarrollar su horror sublime ante los riscos en que estábamos, y la cual no describiré, porque no puedo, ni creo que pueda nadie, pintar aquella negrura espantosa de las nubes en un lado, aquella lividez mortal en otro, aquella iracunda velocidad de las centellas recorriendo el horizonte, aquellos estremecedores truenos que retumbaban, como salvajes amenazas, en los tremendos senos de las altas y grandes soledades en que estábamos, ni, en fin, aquella huracanada y múltiple gradación de horribles colores, con que la tempestad iba haciendo, por las montañas que veíamos debajo, horroroso alarde, pavorosa ostentación de ira sublime.

El grandioso espectáculo cesó; y entonces nosotros, ¡jála!.. ¡jála!.. seguimos ascendiendo; y tras de aquel picacho hallaremos el fin de nuestro penoso viaje, ¡jála!.. ¡jála!..; y algunas otras vueltas y revueltas cuesta arriba, ¡jála!.. ¡jála!.., y dejando muy debajo de nosotros hondanadas y laderas del peñasco, llenas de nieve perpétua, ¡jála!.. ¡jála!.. pudimos llegar casi á la cumbre. Pero entonces otra tempestad, venida con rapidísima violencia por la parte de Valdeón, por el Oeste y Sudoeste, envolvió las asperezas de la montaña en que estábamos, y arrojando sobre nosotros gruesas gotas de agua durante breves minutos, y ensordeciéndonos con el atróz estallido de algunos horribles truenos, y desgajando tremendos rayos allí cerca, se hundió en las salvajes escabrosidades y cañadas, y nos dejó recibir, después que hubimos pasado sobre nieve allá en la riscosa cumbre, la espléndida, mas no molestamente calurosa, luz del sol. Así Don Alfonso XII, primer y único monarca que por tan áspera senda á la tan formidable Peña-Vieja se ha decidido á subir, se halló felizmente en el puesto destinado á cazadero, y que domina extensos majestuosos riscos y pro-

fundisimas ásperas cañadas, en dirección á Covadonga y Cabrales, por el Norte y Noroeste. Para memoria honrosa en los siglos venideros, creo yo que en aquel sitio debiera grabarse una inscripción conmemorativa del magnífico suceso, haciendo en ella constar que ni un solo soldado fué necesario para guarda del Monarca, pues allí subió rodeado del más bello, del más sublime y mas incontrastable poder que puede honrar á la Majestad de un Rey: el respeto amorosísimo de su pueblo.

En aquella jornada inolvidable y difícil, tanto que un magnate preguntado por el Rey si por toda la fortuna de Rostchild se alentaría para subir otra vez, contestó que no, que por nada de este mundo subiría nuevamente á Peña-Vieja, como no fuera para prestar algun servicio á S. M. el amado Don Alfonso XII, no perdió el ínclito Monarca ni por un instante su buen humor, aunque su salud no era buena en aquel día. Testigos de ser verdad lo que refiero somos todos los que en ondulante hilera, palo de ferrada punta en mano y ¡jálala!.. ¡jálala!.. seguíamos montaña arriba al animoso Rey; y cuyos nombres escribo á continuación.



El señor general Don Emilio Terreros, el señor Conde de Mirasol, el Sr. Brigadier Goicoechea, el Coronel Barcáiztegui, el doctor Camisón, el Sr. Don Eusebio Güell, hijo político del Marqués de Comillas, los señores Don Andrés y Don Mariano Henestrosa, hijos del Conde de Moriana, Don Luis Bustamante, primo de los dos antes nombrados. También, el ingeniero director de las minas de Ándara y Áliva Sr. Don Benigno de Arce, el cronista don Ildefonso Llorente Fernandez, el redactor de *El Día* don Fernando Santoyo, el redactor de *El Tiempo* don Gonzalo Cedrún, un Armero de la Real Casa, otro y dos dependientes del señor Güell, los nombres de cuyos cuatro me son desconocidos; y además, los empleados en las minas don Antonio Higuera Fontecha, don Mariano Martín, don Pedro Calderón, don Julian Cuevas, don Ramón Tazanós, don Teófilo de Benito, don Valentin Alonso, don Angel Antón, don Bernardo Villegas y don Francisco Cólío.

Del pueblo de *Tresviso*, el alcalde don Juan Manuel Lopez y los vecinos Francisco Lopez, Casimiro del Campo y Ramón Collado. Del

pueblo de *Bejes*, don Nicolás Cuétara. Del pueblo de *Camarmeña*, don Julián Noriega, Manuel Perez, Esteban Perez, Fernando Perez, Andrés Perez, Andrés Campillo, Ignacio Martínez y José Campillo.

Del pueblo de *Bulnes*, don Rafael Concha, Juan Santos Martinez, Manuel de Mier, Juan Perez Rodriguez, Pedro de Mier, Narciso Noriega, José Noriega, Inocencio de Mier, Narciso Campillo, Francisco de Mier Campillo, Raimundo Martinez, Pio de Mier, Antonio Campillo, Agapito Noriega, Francisco de Mier, Francisco Campillo Mier, Javier Noriega y Urbano de Mier.

Del pueblo de *Tielve*, don Alejandro Campillo, Juan Campillo, Ramón Campillo, Marcos Herrero, Cristóbal Herrero, Matías Bueno, Víctor Sanchez, Juan Francisco, Francisco Diaz mayor, Francisco Diaz menor, Francisco Diaz y Diaz, Frutos Diaz, Juan Ibañez, Pedro Diaz y Diaz, Nicanor Campillo, Pedro Diaz Sanchez, Agustin Diaz, Manuel Diaz, Félix Fernandez Díaz, Vicente Herrero, Fructuoso Collado, Francisco Rodriguez, José de Benito, Roman Diaz, Jacinto Fernandez, Félix Herrero, Pedro Collado y Lino Diaz Ibañez.

Del pueblo de *Sotres*, don Juan de Moradiellos, Severiano Lopez, Juan Fernandez, José Fernandez Santiago, Tomás Fernandez, Pedro Gonzalez, Perfecto Lopez, Bernardino Lopez, Julian Fernandez, Santiago Simón, Félix Gonzalez, *de edad de 72 años*, Francisco Fernandez, Pedro Lopez, Justo Fernandez, Manuel Corro, Juan Corro, Narciso Sanchez, Gregorio Fernandez, Faustino José, Pablo Mier, Marcelino Gonzalez, Anselmo Lopez, José Moradiellos, Tomás Moradiellos, Manuel Moradiellos, Francisco Moradiellos, Francisco Gonzalez Moradiellos, Juan Gonzalez Moradiellos, Juan Gonzalez Llanes, José Llanes, Pedro Lopez Llanes, Ventura Llanes, Salvador Llanes, Juan Fernandez Llanes, Pedro Llanes, Francisco Fernandez Llanes, Eusebio Campillo, *de edad de 74 años*, Celedonio Campillo, Isidoro Campillo, Juan Campillo, Juan Santos Campillo, Pedro Campillo, Francisco Fernandez Campillo, Juan Fernandez Campillo, Francisco Gonzalez Campillo, José Fernandez Campillo, Justo Fernandez, Lorenzo Fernandez, Salustiano Fernandez, José Fernandez, Juan Fernandez, Manuel Fernandez, Juan Manuel

Fernandez, Basilio Fernandez, Víctor Fernandez, Esteban Fernandez, Rafael Fernandez, Alfonso Fernandez, Liberato Fernandez, Jacinto Fernandez, Ramón Fernandez, Bonifacio Fernandez, Miguel Fernandez, José Fernandez Lopez, Pedro Fernandez Perez, Juan Fernandez y Fernandez, José Fernandez Mier, Juan Lopez Fernandez, Santos García, Justo Lopez, Zoilo Lopez, Manuel Gonzalez, *de 80 años de edad*, Ramón Gonzalez, José Gonzalez, Pablo Gonzalez, Juan Gonzalez Fernandez, Juan Francisco Gonzalez, Francisco Gonzalez Collado, Juan Sanchez, Ramón Lopez, Juan Francisco Lopez, Gabriel Traspalacio, Baldomero García, Juan Campo, Gabriel del Valle, José Bartolomé, Angel de Mier, José Vallines y Julian Diez.

Del pueblo de *Espinama*, don Narciso Perez de Bulnes, Felipe Guerra, José Sanchez, Félix Sanchez, Juan Campo, Antonio Campo, Eustaquio Beares, Juan Briz, Pablo Briz, Ciriaco Briz, Valentin Salceda, Juan Suarez, Maximino Calvo, Celestino Calvo, Antolin Calvo, Gregorio Calvo, Andrés Calvo, Bernardo García, Alejo Rodriguez, Cayetano Rodríguez,

Francisco Lozano, Francisco Bulnes, Pedro Antón, José Antón, Juan Llorente, José Llorente, Benigno Capdevilla, Leon Capdevilla, Jacinto Portilla, Pedro Valcayo, Julian Santos, Jerónimo Prieto, Domingo de Benito y Carlos Llanes.

De varios pueblos de *Valdevaró* en Liébana, don Aureliano Guerra, Pedro Larin, Isaác Larin, Eugenio Larin, Eustaquio Garrido, Demetrio Beares, Miguel de Celis, Francisco de Celis, Alfonso Cuevas, Pedro Barrial, Eugenio Campollo, Cecilio Severango, Rafael Severango, Gregorio Severango, Mariano Gomez Enterría y Bernardo Gomez Enterría.

En suma, doscientos veinte y cuatro personas, subiendo en pós del Rey, ¡jálala! ¡jálala!

Brillante fué la cacería. Verdadera batalla, en los muy hondos pedregales y en las muy ásperas cumbres fueron obligados los rebezos á saltar y correr velocísimos por los picachos y declives, que había en derredór del cazadero. Con un solo magnífico tiro alcanzó el Rey, á grande distancia, á dos de las salvajes reses, que rodaron muertas peña abajo; y sin que trascurrieran muchos minutos, tuvimos la sa-

tisfacción de ver que mató dos más de los agílísimos rebezos. Los señores general Terreros, brigadier Goicoechea, coronel Barcáiztegui doctor Camisón, D. Mariano Henestrosa y otros ilustres cazadores, dieron muestras de certera puntería, cuando, por ser pocos los rebezos que iban saltando en cada grupo, fué posible observar bien el efecto causado por cada disparo de escopeta que se hacía. Pero reunidas desde muy lejos espantadas bandas de rebezos, cuyos increíbles saltos y cuya pasmosamente velóz carrera nos admiraban á todos, el tiroteo, desde los diversos cazaderos, se generalizó con tal acierto y con tanta rapidez, que, por espacio de algunos minutos, sin ser posible decir cuántos ni cuáles fueron muertos por cada uno de los cazadores, los rebezos estuvieron rodando, víctimas de las balas, por las *Garmas*, ó pedregales movedizos, y por los declives de los riscos, hasta lo profundo de los precipicios; de tal modo, que en el mismo instante de haberse terminado aquella primera batida, se recogieron cerca de los cazaderos hasta veintiuna reses, y trece más en las hondonadas á la mañana siguiente, y otras nueve

luego, y aún quedaron en la profundidad de los abismos otras víctimas, que no fué posible recoger.

Densísima niebla por los senos de la montaña que miran por el Noroeste á la provincia de León, y por las hondonadas del Este y del Nordeste en dirección á Tielve y Sotres, impidió realizar las otras dos batidas proyectadas. Por tal motivo, y estando ya muy adelantada la tarde, S. M. el Rey dispuso el descenso de toda la gente al puerto de Áliva, lo cual se verificó, aunque con grave peligro por la oscura nube que nos envolvía; y con ánimo regocijado porque, sin exageración, en tales sitios jamás cacería tan magnífica se había visto, ni tal vez se verá en lo sucesivo, si el animosísimo Rey Don Alfonso XII no viene á realizarla.

Un cantar de las pastoras de Áliva, cuando bajábamos de Peña-Vieja, he de consignar aquí, por las circunstancias siguientes, que en concepto mio le avaloran mucho. Durante las cuatro horas y cuarto de nuestra ascensión á la tremenda cumbre, nos envolvió, como he dicho, en sus oscuridades preñadas de rayos una furiosa tempestad, de las dos que hubo aquel

dia en estas montañas. Sabían las pastoras que abajo, en la Casa de las minas, un rayo había penetrado en el que fué aposento del Monarca; mas no sabían lo que allá en la cumbre nos habría sucedido, y era racional creer que no faltarían víctimas de la negra tempestad. Quedó cubierta luego con espesas nubes la montaña por la parte Sur, y así permaneció el resto del día: por manera que, cuando á última hora de la tarde comenzamos el descenso, era la empresa verdaderamente arriesgada y en extremo peligrosa, por que la oscuridad de la niebla se agrandaba por instantes con la proximidad de la noche. Las pastoras, entre tanto, conociendo la difícil situación de los expedicionarios, y no pudiendo proporcionarse noticias ciertas, pues aunque quisieran y pudieran subir por la increíble pendiente de la Peña, tardarían mucho en ello, hicieron cuanto racionalmente las era permitido para salir de la terrible duda; y á este fin, treparon por el grande precipicio, que hay al pié de la montaña, y en una de las cuevas, que se ven en la parte alta del abismo, se quedaron esperando. Cuando al sitio en que se hallaban



ellas llegamos los que delante de los expedicionarios veníamos, preguntáronnos por el Rey, y supieron que bajaba ya cerca, bueno y muy contento: al oír lo cual las pastoras, con grande alegría y al són de las panderetas, prorumpieron inmediatamente en este sencillo cantar:

¡Gracias á Dios que ya güelve  
esa su Real Majestad!  
¡gracias á Dios que ha bajado  
sin delguna novedad!

Esto habla con más elocuencia que nada, en favor de los nobles sentimientos que los montañeses de esta comarca tienen hácia el Rey D. Alfonso XII.

Al pié de la montaña esperaban, y ofrecieron sus respetos al Monarca; el Alcalde y el secretario del distrito municipal de Camaleño, con gentes de varios pueblecitos del mismo Ayuntamiento; y entre grandes resonantes vítores y aclamaciones de entusiasmo, el Rey montó á caballo y... Como ya es la media

noche, y estoy rendido, reposaré durante dos ó tres horas, para muy de madrugada relatar á V. el viaje de las cinco leguas, que desde el pié de Peña-Vieja hay, río abajo, hasta Potes.



---

## LOS VALLES DE LIÉBANA.

---

### XV.

POTES, 20 de Agosto.

La entrada de Don Alfonso XII en Potes, anoche, fué una escena hermosa, tal como en ninguna otra población de la provincia, exceptuando Comillas, se ha visto en el año actual, y tal así mismo como jamás en las montañas de Liébana la hubo.

Desde los precipicios mismos de Peña-Vieja, el Alcalde del distrito municipal de Camaleño, con muchísimas personas de los pueblos de Espinama, Pido, Las Ilces, Pembedes, Mogrovejo, Lón, y otras aldeas de la parte occidental de Liébana, por varias de las cuales no tenía que pasar el Rey, lo cual avivó en aquellas gentes el deseo de ir á verle, aún teniendo para ello

que hacer penosa jornada por bosques, vericuetos y peñascos, acudieron con vistosos arcos portátiles y estandartes, formados unos y otros de flores y de pañuelos de seda, linda y caprichosamente recogidos. Y disparando cohetes sin darse punto de reposo, y tocando panderetas, y cantando, y prorumpiendo en vivas atronadores, y parándose de trecho en trecho con los arcos, para que por ellos pasara el Rey, acompañaron á S. M. por espacio de legua y media hasta que, traspuestos ya los pueblos Espinama y Pido, con la arruinada Obra-pía y los enmarañados bosques, y las risueñas praderías, y los pomposos maizales, y los arroyos espumosos, que á lo largo del camino acuden á unir sus aguas á las del susurrante rio Deva, llegó la régia comitiva á la aldea de Las Ilces, cerca de la cual se ven las ruinas del antiquísimo monasterio de Beleña, en que habitó durante algún tiempo el lebaniego rey Don Favila.

Anochece ya, cuando llegamos á la citada aldea de Las Ilces; y allí tuvo S. M. Don Alfonso XII la grata sorpresa de ser recibido con grandes muestras de gozo por todos los habitantes, provistos gran número de ellos de *hajas*, ó var

ras secas de avellano, encendidas por una punta produciendo bella luz, y con las cuales empezaron á correr por la orilla del camino al lado del rio, delante del Monarca y á lo largo de la fila que formábamos los veintiseis ginetes, que en aquellos momentos seguíamos al Rey. De este modo, los entusiastas lebaniegos obsequiaban á Don Alfonso XII con una iluminación ambulante, tan sencilla como útil á través de los espesos bosques por las orillas del Deva, en cuya derecha márgen está el angosto y desigual camino; y por su misma sencillez y su carácter semi-prehistórico, la iluminación era poética, cuasi completamente fantástica, en aquellas soledades de vegetación exuberante y en las ondulaciones mil de aquellas grandes montañas, entre las tremendas sombras de la noche, en que húmedos nubarrones cubrían todo el valle. No de otro modo fueron acaso las iluminaciones, con que hace más de diez siglos acompañaron á su compatriota el héroe Pelayo los moradores de esos mismos pueblos, cuando, después de rechazar en ignorados combates á los moros, en las peñascosas lindes de la comarca lebaniega y auxiliado por los montañe-

ses que le victoreaban, y cantaban, y gritaban el característico *Ujujú*, volvía el caudillo triunfante á su casa solariega de Cosgaya.

Y á Cosgaya llegó también, sin tardar mucho, el rey Don Alfonso XII; al pequeño *Causagadia*, mencionado por todos los historiadores que refieren los incidentes notables ocurridos al terminarse la gloriosísima acción de *Covadonga*. Desde *Cosgaya*, continuando los vivas y repique de campanas, fueron relevados por gentes del mismo pueblo y de *Treviño* los que desde *Las Ilces* venían alumbrando; y á la movible luz de la extensa y ondulante fila de las encendidas varas de avellano, S. M. Don Alfonso XII pasó por el famoso y peligrosísimo *Subiedes*, monte de peñascos, que se derrumbó sobre fugitivos moros en las orillas del *Deva*, y cuyas enormes avalanchas parecen todavía próximas á desgajarse otra vez sobre quien por allí pase con ánimo de atentar contra la española independencia. Pero aunque el Rey pasó por aquellos precipicios, haciendo ir al trote largo á su caballo, y siguiendo también el atrevido caminar, con peligroso ruido y recio golpe de herraduras, todos los demás caballos mon-

tados por la numerosa comitiva, los terribles y amenazadores peñascos de Subiedes permanecieron suspensos en el declive por donde parecen próximos á precipitarse. Diríase que, admirados de la bondad con que ha querido visitar á Liébana el actual augusto Rey, primero que tan grande honor ha hecho á estas montañas desde principios del noveno siglo, los terribles riscos de Subiedes, se apenaron por el fiero aspecto que presentan; y amparados por la sombra de la noche, se adhirieron con esfuerzo colosal unos á otros, para ocultar el gran peligro y librar de él al Monarca, que entraba en Liébana ofreciendo un corazón amorosísimo á los pueblos.

Pasó luego S. M. por Las Bárcenas, barrio ó aldea no lejos de donde, á la opuesta margen del Deva, están los antiquísimos pueblos de Pembes, Mogrovejo, Brez, Tanarrio, San Pelayo y otras aldeas llenas de históricos recuerdos, con el *Planum Regis*, ó campo que fué del patrimonio de Pelayo; y llegó por fin el Rey á Camaleño, pueblecito que es cabeza del distrito municipal. Saludaron allí á S. M. los señores Gobernador civil de la provincia, sena-

dor Conde de Mansilla, diputado á Córtes Marqués de Viesca y diputado provincial D. Ricardo Cuevas, cuya casa está inmediata en el pueblo de Varó, de que todo el valle toma nombre y que antiguamente gozaba de especialísimos fueros. Allí supe que en lo más llano de Liébana, en la Serna de la señorial villa de Potes, había volcado el coche en que el Gobernador civil de la provincia salía á esperar al Rey; pero con gusto recibí la noticia de que no hubo daños personales en la caída. Y continuando desde esas dos últimamente nombradas aldeas el mismo alegre ruido de cánticos, vítores, repique de campanas, música de tamboriles y de panderetas, y sustituida la iluminación ambulante de varas de avellano por otra de hachones de paja, pasó el Rey por debajo de bonitos arcos de follaje, puestos sobre la carretera en Camaleño, Varó, Beares, La Flecha y Turieno, sin que las aclamaciones, los cánticos, el repique de campanas y el disparo de cohetes cesaran ni un instante en todo el largo bellísimo trayecto, hasta llegar á Potes, á las nueve y media de la noche.

Pero en esta villa la ovación y el brillo de



las iluminaciones, lejos de disminuir, crecieron de una manera muy notable. Yo sabía que estaba preparado un bello recibimiento en aquella población, muy amada de mi alma; pero hallé más y mejor que esperaba. Los balcones con innumerables luces en vasos de colores y en farolillos á la veneciana; ricas y vistosas colgas duras; inscripciones entusiastas y gentío inmenso á la entrada de la villa, revelaban el regocijo grande, con que el pueblo capital de Liébana esperaba al Rey para obsequiarle. Y efectivamente: junto á una de las primeras casas por la parte occidental de la villa, y que pertenece al Alcalde, el cual salió al término de su distrito á recibir al Rey, multitud extraordinaria de luces, colocadas en los huecos y cornisas de la elegante vivienda, hacían resaltar un hermoso arco, iluminado también y que tenía por remate tres osos disecados; y allí numerosísimo gentío dió á S. M. la bienvenida con grandes y fervientes vítores, á la vez que el alegre repicar de las campanas en la próxima iglesia parroquial y el estallido continuo de cohetes, añadían jubilosos ruidos á las gozosas aclamaciones populares. Desde allí, por

calles cuyos balcones, bellamente iluminados y con elegantes colgaduras, estaban llenos de señoras, que arrojaban flores y saludaban agitando los pañuelos, mientras que los grupos que abajo victoreaban al Monarca hacían difícilísimo el paso de los ginetes, llegó D. Alfonso XII á la Plaza, iluminada con bengalas, y en la cual dos arcos, uno muy elegante, de follaje y de varias frutas del país, é iluminado, y otro preciosísimo, de corcho todo éi, iluminado así mismo, y con la inscripción *A S. M. el Rey D. Alfonso XII, la Sociedad Corchera*, llamaron muy justamente la atención del Rey y de toda su comitiva.

Por entre aquella multitud alegre y magna de luces y de ruidos embelesadores, producidos por el apiñadísimo concurso de entusiasmados lebaniegos, llegó el Rey á la hermosa casa, que para su alojamiento se hallaba destinada en el extremo oriente de la villa, y que pertenece á las apreciabilísimas señoritas doña Pilar y doña Aurora de Pellicer. No lejos de la régia morada, había un arco de musgo, iluminado con farolillos á la veneciana, y que contribuía mucho á hermostear aquella parte del pueblo.

Al pié de la escalinata de la casa en que S. M. el Rey se iba á hospedar, le saludaron y ofrecieron sus respetos, además del Ayuntamiento y el Juzgado de la villa, el presbítero doctor D. Mariano Llorente, hermano mío, que para ese objeto llegó dos días antes á Potes, y el inteligente abogado y rico propietario D. Pedro Sanchez Cortina, dinástico fervoroso de siempre. Pero no estaban allí el párroco de la villa ni el coadjutor de la parroquia, los cuales dos señores creyeron acaso que lo más respetuoso y más cortés consistía en ir á saludar al Monarca después de aposentado ya, por cuya especial razón así lo hicieron.

Grandes elogios se dignó hacer el Rey de la sencilla y bien adornada casa, que para su morada se dispuso; y repetidas veces encomió las comodidades y el buen gusto, con que todo allí estaba preparado para él y para su régia comitiva. También le agradó mucho y le llamó la atención el gran concurso de gentes en las calles y balcones, así como la abundancia y hermosura de las iluminaciones, colgaduras y arcos; y dijo que le parecía haber llegado á una población de muy grande importancia, aunque

bien sabía ya que había entrado en una villa de menos de trescientos vecinos.

El Gobernador civil de la provincia, el senador señor conde de Mansilla, el diputado á Córtes señor marqués de Viesca, el diputado provincial D. Ricardo Cuevas, el alcalde de Potes D. Indalecio Martínez, el Juez de primera instancia y el Cura párroco tuvieron el grande honor de ser invitados aquella noche por el Rey á comer en su mesa, y asistieron todos.



---

## XVI.

POTES, 21 de Agosto.

Oímos la misa ayer domingo, día 20, en la ruिनosa y mal cuidada iglesia parroquial de esta villa, cuyo templo, aunque sin ciertas capillas que hoy tiene y son de los siglos xvii y xviii, existía ya, con el nombre de monasterio y dedicado á San Vicente, á principios del décimo siglo, según consta en escritura del año 912, firmada por el Conde y señor de Potes Don Osorio, hijo de Don Fruela y de Doña Flámula, y firmada además por Teodario, presbítero; Monio, presbítero; Sancio (Sancho), confesor y testigo; Veremundo, presbítero; y Ausedebio, presbítero.

El mencionado templo, de una sola nave y

sin bóveda, ó como vulgarmente se dice, *á teja vana*, tiene los arcos de bastante mérito y... páre usted de contar; como no sea que cuente los muchos agujeros de la podrida techumbre de madera, que permiten que entre sin obstáculos la lluvia cuando se le antoja.

Eran las diez y cuarto ya cuando el Rey montó á caballo, dirigiéndose á los bosques de Bedoya para la primera cacería de osos.

Desde la real morada hasta la iglesia parroquial de Potes, había sido grande la ovación recibida por S. M., é igualmente al volver desde la iglesia á la casa; pues desde muy temprano las calles del tránsito estaban llenas de gente. Mucha parte de ella, en grandes grupos, fué después delante del Rey, aclamándole, hasta llegar á la cercana aldea, dicha Puente de Ojedo, á la entrada de la cual, sobre el mismo puente, había un grande y bonito arco, de ancha bóveda de follaje y frutas, con esta inscripción:

A. S. M. EL REY DON ALFONSO XII  
EL AYUNTAMIENTO DE CILLORIGO.

Los vítores, cánticos y cohetes continuaron, todo á lo largo de la carretera, hasta que, pasado el abundante en frutas pueblo de Aliezo, lle-

gamos al muy solano Tama, donde las tropas que capitaneaba el primer Marqués de Santillana, fueron, hace algunos siglos, espantosamente derrotadas por los lebaniegos al mando de su paisano el Orejón de la Lama. El Ayuntamiento de Cillorigo se presentó en aquel pueblo á ofrecer sus respetos al Rey, á cuyo lado siguió luego, durante todo el día, el alcalde Don Felipe Cueto, estimado amigo mio.

En el mismo pueblo el apreciable propietario Don Enrique de Linares, con cuya amistad me honró también, y que es dinástico de toda la vida, rogó al Monarca se dignase aceptar unas botellas de vino *Tostadillo*, que, para que fuera servido en la régia mesa, quería remitir á Potes el mismo distinguido ex-diputado provincial Sr. Linares, de cuyas bien cuidadas viñas era aquello producto; y el obsequio fué admitido.

Por encargo del señor Güell, sus dependientes habian preparado el almuerzo, para el Rey y su comitiva, en el palacio que el señor Marqués de Morante posee en la aldea de Salarzón, y cuyo edificio habia sido gustosamente facilitado para ello por quien actualmente le

habita, y es un labrador pariente del primer Marqués que hubo del mencionado título. Después de haber subido todo á lo largo del hermoso vallecito de Bedoya, en cuyas aldeas abundaban arcos y colgaduras, habiendo una casa en que, sobre las telas blanquísimas y festoneadas de encarnado, se habian puesto en caprichosos lazos multitud de cebollas, en muestra de la mucha hortaliza que en Bedoya se recolecta, llegó S. M. el Rey al antes nombrado Salarzón.

Mi buen amigo el ilustrado redactor de *El Día*, Don Fernando Santoyo, no quiso que yo le demostrara prácticamente cuán bien se está en ocasiones al lado de un Cura de aldea; y no quiso tampoco pasar revista á los cuadros, que adornan las habitaciones del palacio; pero verdaderamente la hora no era oportuna, y tuvo mucha razón mi amigo para hacer lo que hizo, aunque también la hubiera tenido, procediendo á lo que yo procedí, á examinar bien el palacio, y hablar de la cacería con el párroco de Salarzón. Por cierto, que yo quise probar la blandura de una cama en espacioso gabinete del palacio; y tendí mi delgada humanidad sobre el lujoso lecho.



«Y así, cuando más estático  
estaba en mi arrobamiento,  
perturbóme en mi aposento  
cierto sonido zumbón.  
Como soy algo curioso,  
calléme, apliqué el oído,  
y escuché muy sorprendido  
femenil conversación.

«Yo que, tratándose de *ellas*,  
jamás las encuentro faltas,  
y que me gustan las altas  
por su apostura gentil;  
por lo monas, las bajitas;  
las rubias, por candorosas;  
las morenas, por graciosas  
y por otras causas mil,»

como dijo hace muchos años don Teodoro Ba-  
laciart, me puse en pié de un brinco, y pasé á  
la habitacion contigua; mas, apenas hube sa-  
ludado á tres graciosas lebaniegas, ¡el señor cu-  
ra párroco de Salarzón me invitó á ir con él en  
dirección al bosque! Fuí; y *Beati immaculati*  
*in viam, qui ambulat in lege Domini*, «dicho-  
sos los que no se contaminan durante la mortal  
jornada, porque van por el camino que marcan

los mandamientos del Señor,» reflexionaba yo, escuchando las palabras del excelente sacerdote, mientras íbamos, camino del bosque arriba, hablando de nuestro amado Monarca,

Continuó el Rey con su acompañamiento hasta la parte alta del bosque, donde estaba dispuesto el cazadero y cerca del cual, desde muy temprano, habían ido formándose grandes grupos de aldeanos, amigos de curiosear, por nadie invitados á la cacería y que, irreflexivamente, pasaron algunas horas hablando y promoviendo ruido allí, donde lo más necesario era silencio y poco bulo.

A causa tal vez de tanto andar la gente en los linderos del bosque, y de tanto conversar y formar cálculos todas aquellas personas, que por centenas habían acudido, á pié no pocas y á caballo muchas más, sin que nadie se hubiese acordado de invitarlas: acaso también por lo avanzado de la hora, pues era la una de la tarde, hacía mucho calor, y en tales casos las fieras que se trataba de cazar suelen permanecer encuevadas: quizá, finalmente, porque durante la noche anterior la osa y el *escañeto*, ú oso de cría, que estaban en el bosque, pasaran hácia la

parte de Cabuérniga, espantados, ó no, por motivos fáciles de comprender para quienes conocemos el país; resultó que, verificado el ojeo, sólomente aparecieron un grande jabalí, al que el doctor Camisón, que le tuvo cerca, no quiso tirar, por no impedir la cacería del oso, y otros animalillos nada importantes, que tampoco fueron molestados por los cazadores.

Volvió la corte á Potes, donde pernoctó; y á las seis de la mañana de hoy, 21, salió para cazar en los bosques del valle de Cereceda.

Continuamente victoreado y recibido con arcos, banderas y cantares, fué el Rey D. Alfonso XII por todos los pueblecillos del tránsito, situados en pintorescos lugares y no escasos de históricos recuerdos. Primero está *Valmeo*, patria del sábio y, más que sábio, virtuoso jesuita D. Eugenio de Colmenares, cuyo sepulcro está en Bolonia; luego hállase *La Vega*, en un barrio de la cual nació el famoso guerrero Orejón de la Lama, rival encarnizado del primer marqués de Santillana, y pueblo también patria de D. Pedro Diaz de Mendoza, contador mayor que fué del rey Don Felipe IV durante veinticuatro años, en cuyo largo tiempo

servió su destino tan honradamente que, por recompensa, recibió su hija Doña Magdalena la donación que el Rey la hizo de *treinta y siete mil doscientos treinta maravedises de renta de los diezmos de la Mar de Castilla*, como se lee en Real Cédula de donación. Por cierto que don Fernando Gutierrez de la Vega, esposo de la mencionada doña Magdalena Diaz de Mendoza, fué el primogénito de los nueve hijos que dejó, al morir en el año 1597, un cura párroco del mismo pueblo, y que se llamaba D. Juan Gutierrez de la Vega, fundador de un rico mayorazgo, y cuya casa solariega existe hoy con un escudo heráldico notable en la fachada. Más allá, se pasa por la villa antiquísima de Baures, hoy *Bores*, donde tenía torre señorial, y residió en ocasiones y escribió no pocos de sus versos, aquel poeta de las *serranillas*, que se llamó D. Iñigo Lopez de Mendoza. Después encuéntranse *Bada*, Villabridi, hoy *Villaverde* y *Ledantes*, pueblos los tres que ya fueron mencionados en documentos del octavo y del noveno siglo. En todas esas cinco aldeas el Rey D. Alfonso XII recibió las más ingenuas y entusiastas muestras del regocijo, que á los mo-

radores de aquellos pobres, pero bellísimos retiros, causaba el viaje régio. Y en medio de la extraordinaria vegetación de aquellos montes, y sobre las márgenes del río Quibiesa, que desde las alturas de los puertos Pineda y San Glorio baja entre peñas y árboles, producían hermoso efecto las banderas que ondeaban en el remate de un resquebrajado y alto risco, llamado Peña-Castillo, y en otros picachos, próximos al pueblo de Barrio por la derecha del río, y á Ledantes en nuestro camino por la izquierda orilla. Ofrecieron á S. M. en algunas de aquellas aldeas, frutas, pollos y gallinas; y tanto era el gozo con que le veían llegar, que los mayores extremos de admiración, de respeto y de cariño parecían poco á todos aquellos leales montañeses.

El Rey sintió la más grata emoción ante tantas y tan ingenuas demostraciones de alegría en los pueblos; y en el semblante del Monarca retratábase bien el contento grandísimo que le causaba todo, así el aplauso con que le saludaban las gentes, como la hermosura del valle por donde iba.

En el bosque situado al Sur del pueblo de

Ledantes y á bastante altura, se comenzó algo después de las once de la mañana el ojeo, para la primera cacería. Las voces de los ojeadores; los disparos que hacían con pólvora sola; los redobles de tamborcillos y los prolongados penetrantes «¡ujujús!», en que, de vez en cuando, prorumpían los más mozos aldeanos durante el ojeo; todos aquellos ruidos, sonando á un tiempo alrededor del bosque, allá muy lejos, débiles al principio, y más perceptibles luego, según que gradualmente se iba aproximando á los puestos de espera la gente que venía acorralando á las fieras por la espesura del bosque, aumentaban bellamente los inefables rumores de aquellas agrestes soledades.

Cuatro osos rojos, uno de ellos de gran tamaño, fueron ojeados desde luego; y cuando ya iban en la dirección deseada, que era hácia el puesto que ocupaba el Rey, tres mal aconsejados mozos, creyendo sin duda obrar bien, aunque hicieron cosa pésima, se agruparon hácia una parte del bosque, dejando el puesto en que se hallaban. De esto resultó que los osos, á los cuales no es posible hacer que sigan adelante, si en aquella dirección oyen el más leve

ruido; así como nada puede contenerlos, si alguna vez retroceden, rompieron con velóz paso por un claro de las filas de ojeadores, y desaparecieron en las enmarañadas espesuras de las cercanas cumbres. Si yo hubiera sido Alcalde de aquel distrito, ¡Dios me valga! en vez de estar me tranquilo y, cuando más, lamentando el mal éxito de la batida, no hubiera sosegado hasta coger á los tres mozitos mencionados y darles una lección regular, acerca de lo que conviene hacer en ciertas y determinadas cacerías. A falta de las fieras que espantaron, les habria yo llevado á Potes como verdaderos osos, para diversión del público, y no les habría valido echarla de inocentes. Pero ni era yo Alcalde, ni (aunque nunca lo seré tampoco allí, ni en parte alguna) volverán ellos á repetir la estúpida fazaña en parecida ocasión, si ando yo entonces á *la vera el monte*, como por aquí se dice.

Ya sobre las tres de la tarde, preparóse una segunda batida en el *Tumbo de Bejo*; mas no dió buen resultado, ni verdaderamente se confiaba mucho en que le diera, por lo desusado la hora.

Pero el Rey y la régia comitiva mostráronse muy satisfechos del viaje por el ameno y fértil valle, que hoy habian recorrido; y de regreso en Potes á las nueve de la noche, nos felicitamos todos de que en el atrevido galopar de los caballos por los difíciles caminos, desde Bejo por Villaverde, Bada, Bores, La Vega y Valmeo, no hubiese ocurrido ni la más leve desgracia. Muy grande hubiera sido, en verdad, una de que afortunadamente se libraron dos ordenanzas de caballería, que salieron al camino de Valmeo, para entregar al Rey pliegos por el correo llegados; pues, al hacer girar rápidamente sus caballos, para unirse á los demás ginetes que veníamos, aquellos dos militares estuvieron suspendidos ya sobre un grande precipicio que da al rio; y gracias al esfuerzo de los caballos, que tuvieron ambas las patas sin apoyo y se sostuvieron en el vientre y las manos sobre el borde del camino, los dos ordenanzas se salvaron de una muerte horrible, y pudieron, un segundo después, seguir tranquilamente galopando tras la comitiva del Monarca.

Llegó á Potes S. M., y con eso el triste ins-



tante de su alejamiento de Liébana. Él lo sentía mucho, y lo sentíamos extraordinariamente todos los que en estas montañas habíamos de quedar, privados de la presencia del augusto Rey, hasta Dios sabe cuándo.

La bondad de Don Alfonso XII se hizo señaladísima para mí en la hora de las despedidas, pues S. M. se dignó honrarme con un asiento en su mesa, como también honró de igual modo á mi hermano el presbítero doctor Don Mariano Llorente, y á mi apreciable amigo el ilustrado abogado Don Pedro Sanchez Cortina; habiendo sido los únicos invitados esta noche.

Después de habernos dado S. M. grandes inolvidables muestras de su mucha benevolencia, conversando cariñosísimamente con nosotros, y siendo ya cerca de las diez de la noche, marchó en carruaje á Comillas; siguiéndole en varios coches los señores de la régia comitiva, es á saber: el opulento y espléndido Sr. Don Eusebio Güell, hijo político del señor marqués de Comillas, y los señores general Terreros, conde de Mirasol, brigadier Goicoechea, coronel Barcáiztegui, Don Andrés y Don Mariano

Henestrosa, hijos los dos del señor conde de Moriana, el primo de los mismos Don Luis Bustamante y el ingeniero de las minas de Ándara D. Benigno de Arce, que no se despidió del Rey, hasta después de andadas algunas leguas.

¡Ojalá que el bondadoso Monarca recuerde, durante dilatados años de próspero reinado, la agradable excursión, que por los Picos de Europa y aldeas de Liébana acaba de verificar entre los leales vítores de los montañeses, que le aman todos de corazón!



---

## XVII.

POTIS, 22 de Agosto.

En esta última carta voy á epilogar los sucesos referidos en las anteriores, mencionando interesantes incidentes, que no juzgué oportuno consignar antes.

El por todos conceptos memorable viaje del Rey á estas ignoradas pero tranquilas montañas, ha influido en el ánimo de los lebaniegos tan gratamente que, si del popular Monarca tenían algunos formado erróneo, ó sistemático juicio desfavorable, no han podido dejar de reconocer su equivocación. Por eso no existe hoy nadie, absolutamente nadie, en Liébana que no elogie al Rey, admirando las excelentes cualidades de carácter que le adornan, y bendiciendo la hora en que vino, y proclamando que

merece más que ningún otro Rey el respeto, el amor y el aplauso de los pueblos. Sí: quien tenga la fortuna de hallarse cerca de él y oírle, por espacio de breves minutos, aunque más no sea, le amará inevitablemente y dirá muy alto, con el entusiasmo propio de la verdad incontrastable: «Don Alfonso XII es rey digno de su nación y de su siglo.»

Un pobre aldeano, en el camino de Valmeo, ofreció ayer al Monarca un sarmiento con varios racimos de uvas, aún no del todo en sazón. Pero el Rey, con perspicacia grande, comprendió el mucho mérito del homenaje, que aquel pobre le hacía cortando de su pequeña viña el sarmiento mejor, tal vez, que en ella vió. Aceptando, pues, el humilde agasajo, premió al pobre donante, cortando y comiendo uno de los racimos, dando los demás á los que acompañándole veníamos, y haciendo una seña al general Terreros, quien, acto seguido, puso en la mano del modestísimo labriego una cantidad de oro tan grande, como seguramente aquel buen hombre no había tenido nunca en poder suyo.

A cada pobre que veía S. M. en los cami-

nos, ó en las aldeas por donde pasaba, la mano del general Terreros estaba pronta, secundando espléndidamente los sentimientos piadosos del Monarca, por cuya ventura oí rogar, con frases que la emoción y la gratitud entrecortaban, á todos los que eran objeto, ó testigos, de la real munificencia.

¡Y cuán vivo interés demostró el Rey, por saber si había ocurrido alguna desgracia, á cuyo socorro pudiera él atender, cuando tuvo noticia de que la tempestad, que nos envolvió en sus terribles sombras el día 19 sobre las escarpadas alturas de Peña-Vieja, había hecho sentir eléctricas horribles conmociones y privación de sentido á cuatro de los ojeadores, que se hallaban en las Garmas, ó grandes pedregales, del Pico de la Cuadra; y que otro rayo había penetrado por el cañón de la estufa en la misma habitación que en el Casetón de las minas había ocupado el Rey! Pero ni en la habitación mencionada hizo el rayo más que destrozar algunas baldosas y un espejo, ni tuvo desagradables consecuencias la centella que, por algunas horas, dejó como muertos á dos de los cuatro aludidos ojeadores; uno de los cuales fué

levantado á más de un metro de altura sobre el altísimo picacho, por la fuerte conmoción eléctrica, sin que afortunadamente cayera rodando á los abismos de la gran montaña, pues volvió á caer sobre la misma desigual meseta del risco en que se hallaba.

Así también anoche S. M. se impresionó, al saber que los dos ordenanzas de caballería, portadores del correo, habían estado en peligro inminente de rodar por un horrible precipicio al río, según referí en mi carta de ayer; y se congratuló mucho el Rey, cuando supo que no habían sufrido ningún daño aquellos dos servidores.

Muchas solicitudes le fueron presentadas, ó enviadas, en la hora misma de su partida; y S. M. encargó al general Terreros que las recogiese todas, para verlas en Comillas ó en la Granja, y desde allí enviar las oportunas limosnas á los desgraciados. Especialmente, creo obtendrá muy favorable despacho la solicitud de una honradísima señora, cuyo esposo desde hace muchos años no puede hacer uso de la vista, juntándose á esa desgracia la de haber tenido la misma señora varios partos triples en cria-

turas, por lo cual está en la situación más angustiosa toda la pobre familia.

Interminable sería la relación de las numerosísimas pruebas de bondad que el Rey ha dado á los aldeanos de los Picos de Europa y de Liébana, cuyos habitantes no lo olvidarán y han procurado de mil modos manifestar su gratitud. No hay que dudarlo: lealtad y amor como ha encontrado el Rey en esta comarca, difícilmente serán mayores en otros países de la Península.

Ahora, con la marcha del egrégio viajero, Liébana y los Picos de Europa quedan tristes. ¡Haga Dios que muchas veces tengamos la satisfacción de verle y acompañarle en sus notables cacerías en estos mismos sitios, para que los ecos de Liébana repitan con regocijo, en presencia del amadísimo Rey: «¡Viva Don Alfonso XII!»



---

XVIII.

POTES, 27 de Agosto.

Dije que mi carta del día 22 era la última; pero no contaba entonces con la huéspedea que, en la presente ocasión, es nada menos que un *matutino* diario de noticias, que se publica en Madrid y, para más señas, se titula *El Imparcial*.

Terminada la excursión del Rey á Liébana, mi tarea de cronista del régio viaje quedó también concluida; y por tal razón, en vez de seguir viajando, *púseme á sotúbio* en esta villa por unos días, en casa de mis hermanos. Esto de «ponerse á sotúbio» es una frase lebaniega, cuya significación paréceme que tendrá bien sabida *Ese* autor de cartas mal fechadas al ya nombrado periódico madrileño. Verdad que las ta-



les cartas, se asemejan mucho, mucho, á un atropellado barajamiento de lo escrito en mi libro *Recuerdos de Liébana*, y en algunas de estas mis correspondencias á *El Norte*, y en oficiales extensos telegramas, quo no en telegramas particulares del periódico aludido; pero bien mirado el caso, las cartas firmadas por *Ese* en Madrid, resultan con extraordinario parecido á... grandes equivocaciones. ¡Dios me valga! Y todavía no he dicho, para gobierno de usted, que «ponerse á sotúbio» significa en esta tieruca lebaniega ponerse bajo techado! Perdone usted la tardanza.

Ahora, lo que ignoro, porque no he tenido tiempo ni ocasión de leer periódicos, durante los diez y ocho días que estuve recorriendo los Picos de Europa y las montañas de Liébana, sitios que ya de muy antiguo conozco y he visitado *un sin fin* de veces, por fortuna; lo que no me consta, digo, es que habrá escrito *Ése* antes nombrado escritor de los Madriles en cartas anteriores al 17 de este mes, de las que han sido fechadas en este país, donde él no ha estado. Pero en su correspondencia del día 17, el apreciable periodista dice que desde allá, cer-

ca de Comillas, vió «iluminados los Picos de Europa con cohetes y bengalas;» y vamos, que si no hubo tales iluminaciones, porque no las hubo, no por eso deja de ser grande la equivocación del apreciableísimo *Ese*, que la escribió.

Y vea usted lo que es el mundo: el perspicacísimo autor de las fantásticas correspondencias de que trato, vió que era cosa aprovechable, para comunicar sus noticias al periódico, el servicio de los peatones, que asegura estaban apostados por el señor marqués de Comillas, para llevar telegramas desde los Picos de Europa á la estación de aquel pueblo. Pero resulta que los tales peatones no lo eran; y ahí está la segunda graciosa equivocación del correspondiente famoso. No vió ginetes, que desde los Picos de Ándara bajaban los partes á la Hermida, y desde los Picos de Áliva los bajaban hasta Potes, para que dos ordenanzas de caballería los condujesen á Unquera, y otros dos desde allí á la estación telegráfica de San Vicente.

Dice el autor de la carta que el día 17, al montar á caballo, le aseguran que su compañero Cedrún de la Pedraja acababa de pasar en ómnibus con dirección á la Hermida.» Y

mi estimado amigo Don Gonzalo Cedrún, que la tarde antes ocupaba ya en el Casetón de las minas de Ándara la misma habitación que yo, se habrá pasmado de no haber llegado á tales sitios hasta un día después de haber comido, y escrito, y dormido en ellos. ¡*Cáñles!* ¡pues mire que ha sido eso gracioso! ¡Si no sería Cedrún el que la noche antes, en Ándara, puso los cigarrros en lo más alto de una estantería, para que ni Santoyo ni yo pudiéramos alcanzarlos, y luego fumárselos él solito! ¡Cuando le digo á usted que *Ese* me gusta!

Y para gustarme más, «no inspirándole curiosidad La Hermida,» como afirma, pone á su carta un parrafillo, y dice: «Prefiero el atajo por los matujos, un pié tras otro, escotero y andando ¡arre caballo!, que así se gana la gloria.» Sí, hombre, sí: se gana la gloria de equivocarse otra vez más; pues desde San Vicente de la Barquera, y lo mismo desde Comillas, hasta las minas de Ándara, no hay atajo que *ataje* más, que el camino por La Hermida... Si *por las alturas* de los Picos hubiera estado el autor de las cartas al diario madrileño, sabría eso bien; pero no estuvo, y...

Por eso incurre en otras dos equivocaciones, cuando afirma que el día 18 recorrió S. M. el Rey «los elevados montes de *Hermida*, cazando faisanes:» y se equivocó también, al afirmar que en los Picos de Áliva están las cuevas que sirven de majada á los ganados de Potes y *Tresvisos*; pues ni en esta comarca hay sitios que se llamen montes de *Hermida*; ni el Rey fué á cazar faisanes, ni nada, el día 18, cuya mañana empleó en visitar las minas; ni Potes y *Tresviso* tienen majada ninguna en el puerto de Áliva. ¡Con que se lució escribiendo eso el señor *Ese*!

El cual, como es muy chistoso, al parecer, dice que el *Pericote* es en tierra de Potes el baile familiar: perfecta equivocación también, pues ni familiar, ni popular, ni regional ha sido nunca, ni es ahora, en tierra de Potes, el tal baile. Y no valen excusas, que podría el invisible autor de las correspondencias alegar, diciendo que *vió visiones*, á causa del jamón y el tostadillo que, asegura, sacó Juan de Moradiellos del morral, para que el bien enterado corresponsal *Ese* de Madrid *echase un piscolabis*; pues ni el cazador Moradiellos ha usado mo-

rral en las cacerías de que se trata, ni tenía el tostadillo tan á mano, que, sin más ni más, lo diese á beber á quien no existía en cuerpo y alma, real y verdaderamente, en los Picos de Europa, ni en Liébana.

Por lo demás, si un cantar, que el escritor mencionado pone en su carta del día 18, se parece mucho al que yo atribuí á las mozas de Lebeña en el primer capítulo de mi libro *Recuerdos de Liébana*, que sea enhorabuena y ahí me las den todas: que no es poca ganga para escritor aldeano, como yo, ver sus escritos imitados por los pulidos y originales periodistas de la Corte.

Lo cual no quita que *Ese* firmante de las cartas al diario de Madrid haya incurrido en otro par de equivocaciones, al decir: «El Rey derribó un faisán, y yo *le* di en la cola á un jayo:» porque no habiendo el Rey en ninguno de los días salido á cazar faisanes, y no habiendo *jayos* en los Picos de Europa, la plancha, como por ahí dicen, hecha por *Ese* escritor famoso ha sido morrocotuda, sin contar el *le* que he subrayado en su frase, y es como un lobanillo en la sintéxis castellana.

Y allá vá otra: pues dice que en «la Sierra de Ándara.» nombre que nadie á tales sitios aplica en este país, *el Pico* tiene 2.200 metros de altura. Pero ¿cuál Pico? Porque, al comprender que no lo sabe *Ese* buen corresponsal, por caridad debo decirle que en Ándara se puede subir á muchos Picos, de diversa altura y de diferente nombre.

Lo peor del caso es que el escritor mencionado se equivoca una vez más, en perjuicio del prójimo, afirmando que en las cacerías de Ándara estuvo en el mismo puesto que el ilustrado redactor de *El Día* Sr. Santoyo; con el cual, en las expresadas cacerías, no hubo ninguna otra persona más que yo, ni por la mañana en el nublado pico de El Samelar, ni por la tarde en el solano pico del Jierro. Y yo no soy *Ese*, que escribió cartas sin moverse de Madrid y fechándolas en pueblos montañeses.

Añade el corresponsal fantástico, por si las ya mencionadas fueran pocas, otra equivocacioncita, cuando afirma que en Peña-Vieja «se mataron y cobraron diez y ocho rebezos.» Y fueron veintiuno los recogidos á primera hora, y trece más los después hallados, y nueve más

los que luego fueron sacados de entre las peñas: en suma cuarenta y tres, sin contar los que en precipicios quedaron sin ser por nadie recogidos.

Hombre, y lo que siento es no conocer en Madrid alguien que sea íntimo amigo de *Ese* corresponsal famoso á que aludiendo voy, para que le dijera que pasa de mayúscula y risible la equivocación de afirmar, como afirma, que «el Rey se acostó sobre una manta, nada más, en Aliva, y en colchones todas las demás personas que acompañaban á S. M. Donaire será en Madrid acaso escribir así la historia: pero deje usted que el sentido común haga una mueca burlona, contra quien le quiere maltratar refiriendo absurdos!

Otra equivocación es decir que en Peña-Vieja hay cazaderos, ó puestos, conocidos por el nombre de *Moradiella*. ¡Y cuidado que de *Moradiella*, y *Moradiellos*, y *Moradiello*, y *Moradillo* no sabe salir el escritor *Ese* de Madrid! Quien, para hacer siempre lo mismo, vuelve á equivocarse, diciendo que la gran montaña tiene 2.600 metros de elevación. No habiendo él subido, ni habiendo visto jamás la tranquila

Peña-Vieja, ¿por que la cercena doscientos metros de la cumbre, como si hubiera cometido algun crimen la montaña elevando su cima á los espacios?

Como si las referidas no bastaran y sobrarian, *Ese* tan gracioso historiador de lo que ha soñado, no de lo realmente sucedido, incurre en otras equivocaciones, afirmando que el Rey comió en escudilla natas y cuajadas en las cuevas de estos riscos, y que los dos primeros rebezos fueron muertos de *dos* tiros por S. M.; y ni lo primero es cierto, ni tampoco lo segundo.

Pero vamos *anduviento*, á ver si asimos ahora, pues no las pudimos asir entonces, «las trompas de caza,» con las cuales asegura «fue necesario llamar y ayudar á bajar á algunos de la expedición, que se extraviaron.» ¡Digo! pues no celebraríamos poco, los infelices que por aquí andamos, saber por qué singular arte de birlibirloque se puede, con unas trompas de caza, *ayudar á bajar* de peligrosísimas alturas!

Si al menos fueran trompas de elefante, que tienen resistencia y son largas, podría uno servirse de ellas, como de maromas, para descol



garse, ¡pero con trompas de caza! Verdaderamente no sé de qué manera.

Mas ya voy averiguando cómo: será por el mismo demonche de procedimiento, con que el escritor *Ese* de Madrid afirma que. «á las nueve llegamos á Potes, rendidos de fatiga pero contentos, y unas horas después á San Vicente de la Barquera.» ¡Sopla! nueve leguas más allá de la villa capital de Liébana! Y después de haber andado hasta Potes desde Peña-Vieja cinco leguas más, total catorce! ¡Dios santo! pues mire, señor, que *fué algo mucho* camino! ¿Y para qué? para luego de haber oido misa en San Vicente de la Barquera, como asegura *Ese* escritor de mis pecados, *desandar la jornada* de las nueve leguas, ¡déjeme usted reir un poco! y para, muy campechanos, después de volver desde tan lejos á Potes, andar hácia atrás otra leguecita y media un poco estrecha y, por tal motivo, larga, poniendonos á buscar y esperar osos á las doce del día en el bosque de Bedoya. ¡Cóncholes! Ahí verá usted cómo se explica *Ese* tan ponderado escritor! Si hubiese mirado un mapa, ya que no estuvo en estas regiones, se habría convencido de que sólomente en la im-

*ginativa* de un soñador pudimos andar tanto trecho como *Ese* amigo dice; pues, por lo demás, de Potes no salimos, ni había para qué salir, la noche que llegamos desde Peña-Vieja.

¿Y cuál será el sitio llamado por *Ese* el «Tumbo del Viejo», y que nadie por tal nombre conoce en Liébana? ¡*Óhsus*, qué cosas!

Mas como si la culpa de tantas equivocaciones no fuera exclusivamente del afamado escritor, va *Ese* y dice: «¡Adios, osos de Potes!» y «¡Adios, Liébana inculta!» Al leer lo cual, en la cultísima y cultivadísima Liébana se rie mucha gente de que celebrados sábios madrileños ignoren que en España tan sólo hay una *villa del oso y el madroño*: cabalmente la en que han sido escritas las cartas de *Ese*, y la cual está muy lejos de esta humilde villa de Potes.

Las cartas de *Ese* escritor madrileño, Dios me perdone, me han parecido no del todo favorables á la venatoria excursión del Rey á estas montañas; pero aunque no hayan sido escritas con otra intención que la de historiar, tienen el grandísimo defecto de ser pura novela. Si el público las leyó con gusto, sería creyendo que no era víctima de una jugarreta literaria,

en que se le daba gato por liebre, como se suele decir. Pero ¡aviado quedaría el público y aviada quedaría la historia también, si cundiera entre los escritores el sistema de que ha usado *Ese* de Madrid! Si otro escribió un *Viaje por Suiza*, sin haber ido a tal país, merece por ello ser alabado y, además, imitado: No porque, de otro modo, vendríamos a parar en el absurdo de llamar laudable el acto de quitar a la historia su más esencial carácter, el ser verdadera.

Y porque en estas cartas mías procuro, ante todo, hacer que conste la verdad, despidiéndome de *Ese* cuyas afirmaciones equivocadas he rectificado, me dirigiré ahora a *La Publicidad* de Barcelona, para decir que también se ha equivocado en lo que ha escrito, pues el ingeniero Don Benigno de Arce no cobra sueldo del Estado, desde hace muchos años; y si ha dispuesto obsequios al Monarca, sólo siente no haber podido hacerlos en mayor número y mejores.



---

XIX.

POTIS, 28 de Agosto.

Dije en una de mis cartas anteriores que la *Sociedad Corchera* de esta villa erigió en la entrada oriente de la Plaza un arco, para celebrar la venida de S. M. el Rey; y porque, según yo creo, la obra tiene bastante mérito, haré hoy su descripción del modo más breve posible.

Toda la obra es de corcho, y su arquitectura es de estilo ojival. Las columnas, sobre que el arco se apoya, y los capiteles de ellas, son de corcho en bruto, tal como la naturaleza le produce, y que tiene el color y aspecto de la peña no labrada. Sobre esas columnas se alza gallardamente el precioso arco, ojival puro, adornado con lacerias de rombos, y á cuyo derredór, for-

madras de corcho igualmente, se leen estas palabras:

#### LA SOCIEDAD CORCHERA.

Los arranques del arco tienen por adorno vistosos ajedrezados, cuyas piezas son de un trabajo especial, que revela esmero y habilidad en los artífices; y encima de estos adornos están, tallados con inteligencia notable, los escudos de la Casa de Borbón y de la de Austria.

El arquitrabe está formado por la dedicatoria, que dice así, en letras también de corcho:

#### A S. M. EL REY D. ALFONSO XII

El friso está compuesto de una serie de arquitos simulados y ogivales, que producen bellísimo efecto; y el centro del mismo friso está ocupado por el escudo nacional, hecho de una sola pieza de corcho, de más de un metro de altura, con la anchura de setenta centímetros. Dos elegantes almenas se elevan en ambos remates del friso, hermoseando, á la vez que haciendo muy característica, la obra.

La cornisa, compuesta de una crestería sencilla y de un grueso filete, y debajo de él ar-

quitos figurando canecillos, resalta de un modo muy bello, y se armoniza perfectamente con todos los demás adornos que el arco tiene.

La parte posterior, completamente libre de adornos, y en la cual se lee esta fecha, 19 de Agosto de 1882, produce á la vista un efecto tan severo como agradable; y en la gran plancha de corcho, que se ve por esa parte encima del arco, están clavadas las herramientas de la industria corchera.

Al merito arquitectónico, indiscutiblemente reconocido por todas las personas inteligentes que han visto ó ven la obra, pues permanece aun en pie, se agrega la perfección del tallado en las labores todas, y la circunstancia singular de que ni en el arco, ni en los adornos, ni en las inscripciones, ni en nada, se ha empleado más materia que el corcho: lo cual no impide la preciosa y seria variedad de colores naturales, y con perfecto gusto combinados, en toda la obra.

Añádase á todo esto, que el dibujo y dirección se deben al apreciableísimo jóven Don Celestino Jusue, nacido en esta villa de Potes y profesor de dibujo en el acreditadísimo Colegio

de San Isidoro en Madrid; téngase en cuenta que el tallado y construcción son producto de la habilidad, nada común, de los tres únicos individuos que forman la mencionada *Sociedad Corchera*, nacidos también en Potes y que aquí residen, á saber: Don Mariano de Miguel, presidente, y sus consócios Don Luis Maestro y Don Isidoro Pantorrilla; no se olvide, además, que el corcho empleado en todo el hermoso arco triunfal procede de los bosques de Liébana; y se comprenderá cuán legítima satisfacción debe ser para este país saber que, habiendo manifestado los individuos de la *Sociedad Corchera* su deseo de regalar á S. M. Don Alfonso XII, como recuerdo, esta obra con que fué celebrada su venida á estas Montañas, el Rey se ha dignado mandar que yo les dé las gracias en su augusto nombre, y les diga que acepta con grande complacencia el ofrecido regalo.

Y por cierto que, tal como generalmente sucede con las cosas buenas en España, ningún artista español ha venido á fotografiar el arco de corcho todavía; y aunque venga, si es después de la actual semana, será tarde ya, porque no encontrará puesto el arco donde hoy se en-

cuenta. Pero ayer mismo tres instruidos franceses, que han venido única y exclusivamente á visitar á Liébana y los Picos de Europa, hicieron una fotografía del arco dicho, y la llevaron para un periódico parisién. En cambio, no sé qué fotógrafo español, y por añadidura montañés, estuvo aquí el día 21 y... como si el arco de corcho no hubiera existido. ¡Somos los españoles muy patriotas! Ya se vé: nuestro alimento principal son los garbanzos y ¿qué le hemos de hacer?... ¡Paciencia y vamos viviendo! ¿Qué mas se puede pedir...





Potes, 2 de Setiembre.

«¡Para mayor escarnio, le pusieron *Inri!*»  
Dígolo porque hasta *El Cántabro*, periódico de Torrelavega, que antes de ahora se había señalado por su cordura al dar noticias, ha publicado de las régias cacerías una relación equivocadísima, y un poco más. Y es digno de notarse que, siendo yo, desde que se fundó el periódico, un redactor del mismo, está desde hace algunas semanas faltando sitio en él para insertar, ó para decir, cuando menos, que no se insertan por cualquier causa, correspondencias enviadas por mí desde los Picos de Europa y desde Potes, y en las cuales he relatado la verdad. Pero tiene espacio grande para dar á luz larguísimos escritos, llenos de falsas no-

ticias y firmados por «El Corresponsal» en Potes mismo. ¿A qué atribuir eso? No sé.

Confieso desde luego que «El Corresponsal» en Potes del periódico *Torrelaveguense* podrá ser todo lo bueno, y excelente, y admirable que se quiera; pero rotundamente niego que el moderno Abel haya tenido una virtud, que es cardinal, la justicia, por inspiradora de sus cartas referentes á las régias cacerías.

Bien mirado, no me sorprende que así haya sucedido. Los hombres no somos el tipo de la perfección, en cuanto á virtudes: nuestra pobre naturaleza está llena de miserables debilidades; y de la senda buena pasamos bonitamente al mal camino, como si tal cosa. Somos desventurados hijos de Eva, y creemos casi siempre que el bien consiste en la satisfacción de nuestros deseos terrenales, así como lo creyó nuestra goliarda ascendiente, allá en los valles ú otros paradisiacos. De ahí resulta que, en este picaro mundo, los apetitos desordenados, que llamamos capitales, con especialidad el sexto y el primero, ven lo justo tan al revés como ellos numerados quedan; y hasta es posible el caso ¡vaya si es posible! de que, sin andarse con ro-

deos, algun día un prójimo, tenido por muy bueno, pida por escrito á una persona honrada que facilite los medios necesarios para cometer horrible gatuperio; y porque la persona honrada no acceda á la salvaje petición, y evite el bárbaro entuerto, puede muy bien suceder ¡vaya si puede! que el desatinado recomendador quiera morder luego talones, aunque á lo mejor del cuento el infeliz halle duros tacones de bota: pues de tales hallazgos suele haber; ¡vaya si suele!

Pero dejando estas digresiones, que no á todos gustaran, y que son ajenas al asunto de estos escritos míos, diré que «El Corresponsal» en Potes del periódico de Torrelavega, se ha metido á relatar cosas contrarias á la verdad, y que tienden al injusto desprestigio de algunas personas. El no estuvo en las régias cacerías de Andara, ni en las de Aliva, ni en las de Bedoya, ni en las de Ledantes y Tumbo de Bejo, ni en ninguna finalmente; y sin pararse en barras, ha dado de todas esas fiestas tales noticias que... ¡ya! ¡ya!...

Primeramente en *El Cantabro* del día 15 de Agosto apareció un suelto que, literalmente copiado, dice así:

«Nuestro corresponsal de Potes nos dice lo siguiente:

«Se anuncia la venida del Rey para el día 16 de este mes, y es lástima que se dejen pasar unos días tan buenos como los actuales. Ya está preparada la habitación que S. M. deberá ocupar en Áliva; y por encargo del diputado provincial D. Laureano de las Cuevas, mi amigo, se ha construido en los montes de Bedoya una choza, para que allí se coloque el Monarca á la espera del oso, teniendo tomadas todas las precauciones para que con la posible comodidad pueda tirarle sin riesgo alguno. Lo que no se ha podido arreglar á gusto de todos es el hospedaje del Rey en esta villa de Potes; y á la verdad, que se debiera proporcionar otra habitación de mejores condiciones que la elegida, para recibir cual merece serlo el Jefe del Estado, cuya visita nos honra.»

—¡Vanidades pueriles!—Dijeron labios autorizados, al leerlo; y «¡Burda trama!» exclamo yo, al copiarlo: «¡Burda trama de pueriles vanidades no satisfechas!»

Si: en el precedente suelto está bien manifiesta la bilis de «El Corresponsal,» acaso porque

el ingeniero Don Benigno de Arce no le llamó, ni había para qué llamarle, á que viese lo que sucedía en Ándara; y á sabiendas incurre en una *equivocación*, atribuyendo la dirección de las cacerías de osos á mi respetable y muy querido amigo Don Laureano de las Cuevas, que no estuvo en Liébana en el mes de Agosto, ni tuvo intervención alguna en el plán de las cacerías régias: no por falta de deseo, sino porque en su casa había, y hay, por desgracia, una señora enferma, y ha tenido que estar cuidándola fuera de la comarca liebanense. Pero la equivocación, escrita á sabiendas por «El Corresponsal» del periódico torrelaveguense, toca en el máximun de lo ridículo, si se considera que, desde muchos días antes de haber sido escrito eso, sabíase ya bien en toda Liébana, y fuera de Liébana, que el organizador de las fiestas venatorias era el ingeniero señor de Arce.

¿Y qué diré de esa otra *equivocación*, que se refiere á la fortaleza blindada, ó cosa por el estilo, construida en los montes de Bedoya, según afirma «El Corresponsal» atortolado, para que el Monarca pudiera cazar *sin riesgo* de ser

acometido por las fieras: ¿Dónde, como no fuera en la imaginación de «El Corresponsal», estuvo esa ciudadela inexpugnable, como da á entender que era el sitio destinado para que desde él cazara el Rey? El corazón animoso del augusto Don Alfonso XII, que con serenidad admirable ha estado afrontando los grandísimos peligros que hay en los Picos de Europa, habriase ofendido, y con razón innegable, si para cazar un oso le hubiera alguien puesto en sitios á que la fera no pudiese llegar. Para eso, no habría venido el Monarca á los bosques lebaniegos: en la Casa de Fieras del Retiro, all  en Madrid, habría podido satisfacer, desde fuera de la reja, el deseo de matar un oso. Pero, al venir á procurar matarle en los bosques de Liebana, prueba es de que el Rey deseaba cazar en campo libre, ver la fera frente á frente, y dominar el peligro, y gozar de la victoria tan legítimamente como el más animoso cazador: mas no metido en una choza, desde la cual pudiese disparar «sin riesgo alguno.» ¿A quién, si no á «El Corresponsal» potesano de *El Cdntabro*, ha podido ocurrir la absurda equivocación que ha escrito?

¿Y creará algún lector de estas frases más que hubo descuido en la organización de las cacerías, respecto al sitio destinado al Rey? Pues no; no hubo descuido, ni falta de previsión: se adoptaron, por encargo del ingeniero señor de Arce, precauciones para salvar al amado Rey de cualquier peligro que se presentara; pero ni fueron esas precauciones las que dice «El Corresponsal» del periódico torrelaveguense, ni el Rey tuvo noticia de ellas: lo cual realza en alto modo el mérito de la tranquilidad y gozo, con que fué á caza de los terribles animales, como va cualquier otro cazador, fiando en su presencia de ánimo, con espíritu valiente, llevando una escopeta y un cuchillo, y nada más. Tal como fué á buscar inofensivos rebecos, así fué, con igual serenidad, á buscar osos feroces. Lo sabe «El Corresponsal» del periódico torrelaveguense, como lo sabe toda Liebana, porque en la actitud referida vieron que fué el Rey á los bosques millares y millares de personas. La justicia exigía que «El Corresponsal» de las equivocaciones, cuando lo supo, lo hubiera escrito así. Pero ¿á qué pido yo peras al olmo?

Para molestar al ingeniero señor de Arce,

sirviendo acaso el plan necio de algún vocinglero mangoneador, que nada de lo que se propone consigue, cuando alguien que yo conozco se le opone, y de cuyo caletre jamás ha brotado ningún propósito de utilidad general para Liébana, «El Corresponsal» mencionado, en el emprendido camino de los desaciertos, se precipita y dice que, para morada del Rey, se debiera haber proporcionado en Potes otra casa de mejores condiciones que la destinada á tan honroso objeto. Yo quisiera que «El Corresponsal» referido hubiese dicho dónde están, hoy por hoy, esas casas de mejores condiciones: porque en Potes en el mes de Agosto no había ninguna. Mayores que la habitada por el Monarca, sí, hay muchas; pero en lugar de cielos rasos, tienen agrietados feos techos de madera, y pisos de vieja, negra y carcomida tabla de castaño. Las que tan malas no son, tienen mal distribuidas, ó pocas é incómodas habitaciones: ó si no hay en ellas esos defectos, de que carecen poquisimas en esta villa, si son buenas algunas pocas, muy pocas, están en cambio ocupadas por determinadas familias, á las cuales se habrían ocasionado extorsiones y perjuicios,



haciéndolas salir de su vivienda: cosa que no habría el Rey sabido con agrado, pues no quiere que nadie sufra ni el más pequeño contratiempo por su viaje; y así lo encargó mucho repetidas veces al ingeniero señor de Arce el bondadoso Monarca. Una sola casa, no por cierto de las que, con corral y todo por delante, se ven cerquita de la iglesia vieja, una sola, la recién construida por el Alcalde, podría haberse utilizado para hospedar al Rey, sin molestar á ningún vecino de los que tienen bien acondicionadas viviendas. La del Alcalde es buena, muy hermosa, la he visto bien; es la mejor casa que hoy tiene Potes; pero el mismo dueño de ella me ha dicho que aún tienen que hacerse allí ciertos arreglos, antes de amueblarla y habitarla. Hoy mismo no está del todo concluido el trabajo de carpintería; y así lo ha manifestado el propietario de la rica vivienda á quienes, para cierto objeto muy laudable, querían utilizar la casa durante un par de días en este mes de Setiembre. No atesto con difuntos, ni refiero lo que no es en Potes del público dominio.

¿A qué casa, pues, quería «El Corresponsal» de *El Cántabro* haber llevado al Rey, si por

los motivos expresados, no había en Agosto ninguna de mejores condiciones que la en que habitó? Propia de las distinguidas señoritas Doña Pilar y Doña Aurora Pellicer, que la cedieron al Sr. de Arce y se la cederán en todo tiempo gustosísimas para el mismo honrosísimo fin que ahora, la casa nueva, limpia, bien distribuida, con elegante decorado y buenos muebles, agradó á S. M. el Rey. ¿Por que no ha escrito esa noticia «El Corresponsal» cantabrino, luego que se supo en el pueblo? Mas ya comprendo: el hecho no era una *equivocacion*, y por ese motivo ha callado acerca de él. Vale cualquier cosa «El Corresponsal» citado!

Y para que se vea que no le adulo, al decir eso, haré constar que se atrevió á escribir que, si hubiesen estado en Liebana dos señores que, usando de una figura retórica, que algunos autores llaman *incensario*, cita el sin venir á cuento, «se hubieran disipado esas neblinas de tantos cronistas y corresponsales, nunca ni por nadie vistos en las cacertías, que se han ocupado en describir éstas con tan poca verdad, como sucede siempre que se escribe de memoria» No es posible escribir á sabiendas más grande equi-

vocación: pues cientos y miles de personas, y «El Corresponsal» mismísimo del periódico torrelaveguño, vieron, quienes en las cacerías y quienes en Potes, al redactor de *El Día* señor Santoyo, al redactor de *El Tiempo* señor Cedrún y a mí, que desde el día 4 de Agosto estaba escribiendo lo que presenciaba en los Picos de Europa. Y lo mismo el señor Santoyo que el señor Cedrún y yo, escribíamos, hasta en los cazaderos, lo que en las cacerías *veíamos*. Quien escribió de memoria, y acaso creyendo que yo había perdido los papeles, como se suele decir, y supongo que «El Corresponsal» potesano me comprende, fué el, que no estuvo, como seguramente quiso estar, en los sitios donde estuvo el Rey.

Otras equivocaciones, semejantes por lo intencionadas, aunque de menos trascendencia que las referidas, consignó como verdades, en sus escritos al periódico de Torrelavega, «El Corresponsal» famoso que reside en Potes.

Pero ¡vaya una historia de las régias cacerías la que ha hecho tragar á los lectores del periódico! Desmintiendo todas sus ofensivas equivocaciones, escritas sabiendo que lo eran, dirigí

yo al mismo periódico tres cartas que, según parece, tuvieron la desgracia de no llegar á la Redacción: cosa bien extraña, llegando las que «El Corresponsal» remitía, y llegando también al mismo Torrelavega las que á distintas personas dirigía yo. Mas dando por sentado que de todo eso tenían la culpa las Administraciones de correos, aunque mis motivos tenía yo para creerlas inocentes en este asunto, escribí por cuarta vez; y mi carta llegó á quien iba dirigido el sobrescrito, siendo entregada luego personalmente por el mayor de mis hijos al Director del periódico. ¡La publicó este señor, como era justo, para que brillase la verdad! No; se excusó de publicarla, y ni la mencionó en el periódico. ¿Por qué? Lo ignoro.

•••

NOTA.—Hallándome en Torrelavega en fines de Setiembre, y no estando allí el Director de *El Cantabro*, dije á los otros redactores que, no creyendo justo que dicha publicación hubiera guardado silencio acerca de mis cuatro correspondencias, remitidas desde Liebana, me creía obligado á cesar de escribir más para el periódico.

Pero ahora, estando ya en prensa este libro, he visto que, el día 10 de Noviembre, *El Cantabro* ha dado la noticia de que yo no he tenido parte en la redacción del mismo desde últimos de Mayo.

Veamos: en el número 1.º de Junio hay un artículo mio titulado «La Farsa abolicionista;» en el día 15 del mismo mes hay otro escrito mio firmado: en el de 20 del mismo Junio el periódico me llama su redactor: en el de 10 de Julio vuelve á llamarme redactor suyo: en el de 15 de Julio dice también que soy redactor suyo: en el de 15 de Agosto hay un escrito mio firmado: y sin contar las cuatro correspondencias que le remití y no publicó, todavía en el número de 20 de Setiembre se insertó un artículo mio firmado; y en el último número del mismo Setiembre los otros redactores me llaman compañero suyo.

Luego, al decir que desde últimos de Mayo no he tenido parte en su redacción, *El Cantabro* ha escrito una equivocación tan grande como cuatro meses.



---

XXI Y ÚLTIMA.

POTES, 3 de Setiembre.

Los asistentes á las célebres bodas de Camacho, si hubieran estado hoy en el pueblo de Vega de Liébana, se habrían seguramente que-  
rellado, porque el inmortal autor del *Quijote* no describió una comida campestre sin rival: que rivalísima, y en algunos detalles superior, perdóneme Cervantes, ha sido la que en el pueblo mencionado manducaron por la tarde, hoy día de la fecha, 3 de Setiembre de 1882, nada ménos que doscientos doce moradores de esta famosa tierra lebaniega, en celebridad de haber sido visitado este país por el ilustrado, bondadosísimo rey Don Alfonso XII, que, afortunadamente para España, rige los patrios destinos.

Al despedirse de Liébana el Monarca, y según había hecho en otros pueblos, dejó muy respetable suma de pesetas, para que fuesen dadas, como gratificación, á los habitantes del valle de Cereceda que hubiesen verineado el ojeo, ó estado como cazadores, para ello invitados unos y otros, en las batidas á los osos. Pero los entusiastas lebaniegos, así favorecidos con el espléndido regalo que S. M. el Rey les hizo, lejos de repararse a tanto por barba, aquel metódico, tuvieron el laudable acuerdo de invertir toda la cantidad de relucientes monedas en una merienda colosal y al aire libre, donde pudieran los demás vecinos de sus aldeas, ó de otras, ver bien que el regocijo del banquete no pasaría, como no ha pasado, los límites de la cordura.

De Valmeo, el antiguo *Vadomedo*, solariego de los Colmenares: de Tudes, las ruinas de cuyo monasterio dedicado á San Pedro recuerdan que, hace ya muy cerca de diez siglos, fué mencionada esa aldea en escrituras, que originales se conservan: de Porcieda, llamada en tiempos remotos *Porceta*, donde aún se ve parte del templo que perteneció a un monasterio de Caballeros del hábito de Santiago de Tollo,

nombrada *Tolina* ya en documentos del siglo décimo, año 931: de Campollo, dicha *Campaullo* en escrituras del décimo siglo, año 931: de *Maredes*, también citada allá en los remotos principios del siglo diez, año 915: de *La Vega*, donde, además de haber otros notables recuerdos históricos ya consignados en la décima séptima de estas cartas mías, existe en una casa el escudo heráldico de la familia á que pertenecieron los marqueses de *La Vega del Pozo*, como descendientes de la ilustre Doña *Leonor del Castillo*, que en *Vega de Liebana* nació: de *Pollayo*, antiguamente *Pujayo*, donde en el siglo xv se nació la cuna del único hombre perverso mencionado por la *Historia* entre miles de millares de honrados lebaniegos, ensalzados con justicia, y el nombre del cual repugna á todos los habitantes de esta lealísima comarca, que quisieran no tener que pronunciar nunca las palabras «el traidor *Mequinés*» de *Señas*, antigua villa *Señera*, donde hace novecientos años vivían muchos de ese apellido: de *Valcayo*, que, desde hace siglos,

en pintoresca situación reposa,  
«y jamás hizo otra cosa»



de La Lama, en que todavía se hallan las ruinas de la torre señorial, donde naciera el valeroso indómito comunero Orejón, el que dormía con ambos ojos abiertos, y así durante su sueño puso espanto en el ánimo de los soldados que á traicion le fueron á prender, para que al día siguiente fuera fusilado, como tristemente lo fué, en el Condado de Ventanilla por sus enemigos: de Toranzo, llamado *Toranzió* en escrituras del noveno siglo, año 851, perteneciente al patrimonio del héroe Pelayo, luego donado al monasterio de Santo Toribio por el rey Ordoño I y su esposa Doña Leonor, y patria del experto mecánico D. Mariano Cordero y Rodríguez, fallecido en el Ferrol, á bordo de un buque cuya maquinaria dirigia, por los años 1840: de Bores, en el noveno siglo, año 851, llamada *Baues*, villa que fué tambien del patrimonio de Pelayo, y de la cual asimismo hizo Ordoño I donación á los monjes benedictinos de Santo Toribio: de Barrio, acerca del cual nada recuerdo que merezca mencionarse, sino que está en muy bella situación construido: de Villaverde, llamado *Villabridi* en escrituras del siglo xu, año 1167: de Bada, nombrada *Bado* en

documentos del décimo siglo, año 942: de Dovarganes y de Enterrías, mencionados ambos ya también en escrituras del siglo ix, año 851: de Cucayo, del cual no me consta ninguna otra cosa mas notable que su nombre: de Bárago, antiguamente *Birao*, también del patrimonio de Pelayo y donado en el noveno siglo, año 851, al monasterio de Santo Toribio por el Rey Ordoño I: de Soberao, llamada villa *Cesaria* en escrituras del siglo ix, año 875: de Bejo, llamado *Badejo* en documentos del décimo siglo, año 922: de Dovres, antiguo *Dovrias*, según se lee en testimonios del siglo noveno, año 875: y de Ledantes, pueblo igualmente antiquísimo y en que aún tienen casa y fincas no recuerdo ahora qué Marqueses: de todos esos veinticuatro pueblos finalmente, que constituyen un solo Ayuntamiento con cuatrocientos setenta y seis vecinos, nada más, distribuidos en trece feligresías, cuyos párrocos carecerán de *pie de altar*, como ellos dicen, pero no escasean de trabajo, había hombres á quienes correspondía participar del campestre festin dispuesto.

Invitado á tomar parte en la merienda, no

anduve yo reacio en complacer á mis amigos: pues aunque la hora señalada para la manducatoria era la tarde, me presenté de mañanita. Cierto que, por ser domingo, acudí á la iglesia de la aldea, donde, además de oír la misa, escuché una plática no corta de mi amigo el párroco. Pero un rato después, el amable Cura me convidó... No duda usted... ¡á rezar el rosario mientras tanto que los demás concurrentes pasaran á sus estómagos, desde las calderas, los carneros!

¿Pero he dicho carneros, y he mencionado calderas? Pues ya está, si bien no era intención mía revelarlo ahora. ¡Las calderas! Allí, junto á un extenso prado, cerrado con pared de piedra seca, y en el cual nogales corpulentos muestran la pompa de su verdor y la abundancia de su fruto; regalo este de chiquillos, que le hacen caer tirando piedras; pero tormento de madres, que ven las manos de sus hijos ennegrecidas por los *máncios*, ó manchas que produce el jugo de la corteza verde de la nuez: allí, en deliciosa y estrecha planicie, rodeada por montañas grandes con espesos bosques, y enriquecida por alegre riachuelo que, bajando por entre peñas y

madreselvas y terebintos y avellanos, desde las alturas del puerto de Pineda, llega á confundir en el mismo pueblo de la Vega sus aguas con las del río Quibiesa, que baja desde el puerto de San Glorio: allí, sobre grandes piedras colocadas á manera de hornillas, veíanse hoy cinco calderas grandísimas y otras dos prodigiosamente enormes, y tres colosales alquitaras sin el alambique, y cuatro peroles soberanos, y tres inmensas tarteras, de todos cuyos adminículos asomaban por entre la salsa, que hervía á borbotones, cuerpos enteros de carneros, arrobas de arroz, quintales de cocletas, fanegas de sesos rebozados, kilómetros de morcillas, ó morcillas de á kilómetro, y montañas de carne asada, y cargas de bacalao: sin contar los cientos de latas con pimientos en conserva y dos *carrales*, ó cubas de vino, y tres carros de blanco y bien cocido pan, que cerca de los antes citados comestibles había. ¡Aquellas eran *espumas*, y no las miserables gallinas con que se regodeó Sancho Panza en la imaginación del buen Cervantes!

Cuando, después de haber estado jugando á los bolos, se anunció la hora de principiar el banquete, los hombres de cada pueblo sentá-

ronse en corro aparte en la pradera, y unos diez y ocho coparticipes nos pusimos en bancos de nogal, alrededor de unos tablones de nogal también y que, puestos sobre estacas de la misma madera clavadas en el suelo, formaban la mejor mesa presidencial que al caso convenia.

Regocijadas conversaciones en aquellos veinticinco grupos de merendadores se oyeron, durante el tiempo empleado en despachar aquellas avalanchas de sabrosos alimentos: para lo cual, exceptuado los que á la mesa estábamos, cada quisque habia llevado su cubierto de madera en el bolsillo de la chaqueta. El pan partiase á retortijón, ó con alguna mala navaja, y el vino era bebido en jarros y en cazuelas.

Y muchas gentes, en las laderas de las próximas montañas, formaban también grupos pintorescos, observando con extrañeza, á no dudarlo, el órden que entre tanta animación guardaban los comensales.

Pero hé aquí que, de pronto, cuando el último plato fué servido, un mozo se levantó en el grupo de su pueblo y, tirando el sombrero al aire, dijo con sonora voz: «*Viva Don Alfonso XII!*» y una ensordecedora aclamación que re-

tumbó en los montes, salió de todos los grupos contestando: «¡Viva!» y un anciano repitió «*Viva el Rey! Sin él no queremos nada! ¡Con su majestad Don Alfonso XII y con su augusta dinastía queremos que viva España! Sin nuestro amado actual Monarca, nada, nada!* Y á cada una de esas frases, los doscientos doce comensales, y los grupos de curiosos que rodeaban la pradera, contestaron con atronadores vivas.

Iniciados los brindis de ese modo, aquello fué pronto una confusión indescriptible de vítores y ¡ujujús!, hasta que el mismo aldeano que habia gritado el primer viva, dijo con robusta voz: «*Que hablen los señores de la mesa!*» en cuya no esperada petición fué secundado por todos con tales gritos, con insistencia tan grande, que no hubo medio de negarse; y el inteligente abogado Don Pedro Sanchez Cortina improvisó un discurso tan entusiasta, á la vez que tan juicioso y tan bien dicho, que á cada período fué interrumpido con los más jubilosos y atronadores vivas y aplausos.

Pero ¡quién lo hubiera creído! aquella gen-

te pidió más, pidió con grande vocería que yo dijese algo también; y no me valieron excusas, nada me sirvió decir que yo no era discursista: tuve que ponerme en pie y... ¡qué sé yo las frases de que me valdria! lo cierto es que, durante el largo rato que dirigí la palabra á mis oyentes, muchas veces tuve que esperar á que cesaran los innumerables y entusiastas vítores al Rey y á su preclara dinastía, con cuyas aclamaciones sofocaban á cada momento mi voz aquellas buenas gentes.

Por fin, no pidieron más discursos; pero mezcláronse los grupos á comentar alegremente lo ocurrido; y, pasando yo por entre aquella muchedumbre, abrazado aquí, descoyuntadas las manos en fuerza de apretármelas algunos allí, díjome un jóven *jándalo*, muy guapo con su traje cordobés: «En lo que usted sa enquivocao es en desir que hay ya dies sigloz que no andan Reyez po ezta Liebana!»—Pues quisiera saber cuándo han venido, respondí.—Cuando la guerra é los franseses, repuso el *jándalo*.—De veras?—Ci, ceñor: yo lo he leío en la Biblia.—*¡Cáfles!* ¡Pero, compadre, será en la Biblia andaluza!

Quedó el jándalo recibiendo punzantes bromas de los que á su lado estaban; y yo vine á Potes, para con esta carta poner fin y remate á la crónica de *Las Cacerías del Rey*.

FIN.





# ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA.....	5
I El Puerto de Andara.....	9
II El Pico de El Samejar.....	17
III El Pico de El Hierro.....	25
IV El Puerto de Aliva.....	31
V Opinión que del Rey tienen los montañeses...	39
VI El Plan de coto para los rebezos.....	47
VII Los preparativos para la caza de osos.....	55
VIII Las Minas.....	63
IX La puesta del sol.....	75
X La espectación en Andara.....	83
XI La legala del Rey.....	89
XII Las cacerías en el Pico de Samejar y Pico del Hierro.....	99
XIII El via e desde los Picos de Andara al puerto de Aliva.....	105
XIV La cacería en Peña-Vieja.....	113
XV La bajada á Potes.....	131
XVI Las cacerías de osos.....	141
XVII Resumen.....	155
XVIII Rectificaciones á <i>Esc. correspondal de El Im-</i> <i>partida</i> .....	161
XIX El Arco de corcho.....	173
XX Rectificaciones á «El Correspondal» de <i>El Cán-</i> <i>tabro</i> .....	179
XXI La merienda en Vega de Liébana.....	193

*Este libro se vende en las principales librerías, al precio de **DOS PESETAS** en toda España.*

---

*En los dichos puntos se hallará la obra del mismo autor titulada **Recuerdos de Lieberna**, y cuyo precio es **CINCO PESETAS** en toda España.*